

97
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Vicente Peyró * Gonzalo Jover

La Catedral

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ARREGLO ESCÉNICO DE LA NOVELA DE

D. VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA PRINCESA
de Valencia, la noche del 7 de Diciembre de 1905

PRIMERA EDICIÓN

MADRID
SALÓN DEL PRADO. 14, HOTEL
1906

9

Vicente Peyró ↔ Gonzalo Jover

La Catedral

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ARREGLO ESCÉNICO DE LA NOVELA DE

D. VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA PRINCESA, de Valencia, la noche del 7 de Diciembre de 1905

PRIMERA EDICIÓN

VALENCIA, 1906

IMPRENTA DE ANTONIO LÓPEZ Y C.^a

Laura, 28

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Al Sr.

D. Vicente Blasco Ibáñez

INSIGNE AUTOR DE

“La Catedral,,

La audacia honrada es un mérito también. Todo el nuestro en “La Catedral,, Espigando en campo tan bien cultivado como el de su hermosa novela, dimos con el drama de igual título. Nuestra obra artística se parece á la de V. á la manera que la cuenta de vidrio al brillante, pero eso ha bastado para el éxito, y como á V. se lo debemos, á V. se lo rendimos en esta dedicatoria, cuyo objeto esencial es hacer públicos nuestros sentimientos de admiración y respeto al más valiente y profundo de los luchadores literarios españoles.

B. S. M.

Vicente Peyró. Gonzalo Jover.

PERSONAJES DE LA OBRA



SAGRARIO LUNA.

LA TÍA TOMASA.

GABRIEL LUNA.

ESTEBAN LUNA.

D. ANTOÍN (Vara de plata).

D. LUIS (Maestro de capilla).

TOMÁS (a) El TATO.

MARIANO (El campanero).

EL ZAPATERO.



Epoca actual. = En la catedral de Toledo.

Lados del actor.



ACTO PRIMERO

La escena representa una habitación en las Claverías de la Catedral toledana, puerta en el foro derecha que se supone da á la cocina, otra en el foro izquierda al claustro; entre ambas puertas, ventana con macetas; la ventana tiene puertas de cristales y de madera todas practicables; en los laterales, puerta con escalera á la derecha; tres ó cuatro escalones nada más; una máquina de coser cubierta con un paño entre esta puerta y el foro; mesa con tapete de las llamadas «Camillas,» butaca y sillas, todo místico, pobre, pero limpio; en las paredes cuadros de asuntos religiosos; aspecto general de celda monjil; la escena oscura; la ventana cerrada; puerta lateral izquierda.

ESCENA PRIMERA

Nadie en la escena al levantarse el telón; todas las puertas cerradas; luego, por la parte de fuera, llama primero con los nudillos y luego con la voz TOMASA á la puerta foro izquierda que da al claustro.

- TOM. ¡Esteban!... ¡Esteban!...
- ESTEB. (Dentro.) ¡Va! (Pausa. Esteban, sin acabar de vestirse, con el pantalón y el calzado puesto, sale de la lateral izquierda y va á la ventana que abre; la luz inunda la escena; luego abre la puerta á que llama Tomasa; ésta entra con la cesta al brazo. Esteban acaba de vestirse durante la escena.)
- ESTEB. ¿Eres tú?
- TOM. ¿Quién sinó? ¡Buenos días! Se conoce que no tenías ganas de despertar. Tres veces he llamado.
- ESTEB. He dormido tan mal...
- TOM. ¿Soñastes?
- ESTEB. Sí... Cosas horribles...
- TOM. ¡Válgame Dios!... ¡Pobre Esteban!... (Comiseración sincera. Cambio á tono natural, un poco gruñón y áspero.) Ya está aquí la compra. El pan nuestro de cada día... que cada día es

- menos nuestro... y peor pan. Todo anda por las nubes. Pronto habrá que ir al Mercado con ascensor. La vida riñe con el bolsillo de los pobres. ¿Pero, no bajas á la Catedral? Son las ocho y pico.
- ESTEB. No... Hoy no bajo.
- TOM. ¿Te encuentras mal?
- ESTEB. Ya te lo dije. He pasado una noche...
- TOM. No te hubiera despertado á haberlo sabido... ¿Quieres acostarte otra vez?
- ESTEB. No.
- TOM. ¿Aviso al médico?
- ESTEB. ¿Para qué? No hay necesidad... Un poco de dolor de cabeza... Ello pasará.
- TOM. De la discusión de ayer... Te acaloras demasiado...
- ESTEB. ¡Es que dicen cosas!...
- TOM. Por oírte... Bromas al fin, que no llevan pecaminosa intención de ofender...
- ESTEB. ¿Bromas!? Guárdenlas los bufones. Don Antolín no lo es. Hablaba bien en serio. Y siempre el mismo tema... Mi hermano. ¡Mi desgraciado hermano!
- TOM. ¿Le has contado la fortuna? Tal vez tiene más que tú.
- ESTEB. No digas eso. Pobre... Errante..., siempre perseguido..., enfermo siempre..., casi moribundo... ¡Perro abandonado que de todas partes arrojan á latigazos! ¿Y por qué? ¡Por sus ideas! ¡Esas ideas endiabladas que sin duda Satanás sopló en su cerebro!...
- TOM. Posible es... De la familia no las ha heredado. ¡Gracias á Dios, aquí todos hemos pensado siempre cuerdamente!
- ESTEB. ¡Si yo lo viera! ¡Si yo pudiera hablarle! Bien seguro estaría de convencerle. Es bueno... generoso... ¡Tiene corazón y talento!
- TOM. Tu pobrecita mujer así lo decía: ¡Es el mejor y más listo de la casa!...
- ESTEB. ¡Y decía la verdad! Era cuando niño un prodigio. Nuestra madre afirmaba con fe ciega que era el vivo retrato de Jesús cuando niño. Tú misma te hacías lenguas de

su talento y de la unción infantil con que contemplaba las imágenes.

TOM. Entonces... cuando pequeñuelo... Sí. Daba gusto ver la seriedad con que repetía las oraciones...

ESTEB. Un coro de halagos y alabanzas le rodeaba desde sus primeros años. Toda la familia vivíamos para él... ¡Cuántas veces le entré sobre mis brazos en el departamento de los gigantones! ¡Con qué placer reía al ver su espanto ante la Tarasca! Luego entró en el Seminario y admiró á sus profesores con sus progresos, como antes les había admirado en la Escuela. ¡Aún no sabía andar y ya leía de corrido! A los siete años comenzó á rumiar el latín... y al poco tiempo... ¡Como si nunca hubiese hablado otra cosa!... ¡Debía ser la gloria de la casa!

TOM. Para Obispo iba, al parecer...

ESTEB. ¡Para Arzobispo de Toledo! ¡El sér más poderoso del mundo después del Papa!

TOM. Todos sus catedráticos lo afirmaban... Era callado y piadoso como un Santo.

ESTEB. Mi padre murió satisfecho con la esperanza de ver desde el cielo su triunfo. Quedábamos todos para gozar de la victoria y dar gracias al Señor por sus bondades.

TOM. Algunas veces venía á la Catedral... y dejaba estupefactos á los canónigos con su saber. ¡Con qué fogosidad y convicción pronunciaba sus sermones! ¡Le llamaba el púlpito!

ESTEB. Sí, era fogoso... demasiado fogoso... Por eso allá... cuando la Revolución de Septiembre amenazó derrumbar el poder de la Iglesia, olvidó los libros para pensar en las armas. Se fué á la guerra... Fué un día triste aquel... Besó sin comoverse la mano de nuestra madre, pobre vieja, casi ciega ya, que temblaba por el porvenir de su hijo idolatrado... Aprovechando las nieblas primeras de la noche, huyó de Toledo con un escapulario del Corazón de Jesús cosido al forro del chaleco y una hermosa boina

de seda en el bolsillo, confeccionada por blancas manos en los conventos de la ciudad. El hijo del campanero iba con él. Se incorporaron á las partidas carlistas que corrían la Mancha..., pasaron después á Valencia y Cataluña, ganosos de empresas más importantes para la santa causa de Dios y el Rey. ¡Se batió bravamente! Era la antigua vida de horda que resurgía en plena civilización... Eso me lo dijo Gabriel luego... La atávica costumbre del robo del pan y la hembra ajena á mano armada. El espíritu de bandera resucitado en un pretexto político.

TOM.

¡Eran soldados de la fe!

ESTEB.

No; no eran sino aventureros mal armados y peor vestidos, que querían la guerra por la guerra, ansiosos de fortuna rápida.

TOM.

También les había creyentes..., sencillos..., que viendo en riesgo en las ciudades á los Ministros del Señor, se lanzaron al monte para que la sociedad no cayera en la barbarie.

ESTEB.

También... Pero... yo no hablo por mí..., repito lo que Gabriel me dijo cuando seis años atrás estuvo aquí algunos días. Todos por igual sentían el deseo ardiente de resarcirse de las privaciones obligadas de la campaña.

TOM.

Terminó al fin la guerra.

ESTEB.

Gabriel se expatrió.

TOM.

¡Era un caballero oficial y no podía jurar fidelidad á la dinastía intrusa!

ESTEB.

Sí... Eso pensó entonces... El aprendiz de cura había tomado en serio su papel de aprendiz de guerrero en aquella caricatura de ejército que tanto ha sido ridiculizado después... Lo cierto es que del antiguo Gabriel no queda nada. Su conciencia fué un campo raso sobre el que había soplado el vendaval. Sólo brotó en ella después una indignación furiosa contra la injusticia social que condena á la miseria á muchos millones de seres para la felicidad de unos

miles privilegiados... y si no ha dado en cómplice de hecatombes monstruosas, débese á la dulzura de su carácter y al odio que le inspira la violencia, después de sus tres años de guerrillero. Él confía en la fuerza de las ideas. En la evolución incesante de la Humanidad... Trabaja como los primeros apóstoles del Cristianismo, seguro del porvenir, sin prisa, puestos los ojos en la labor del día... sin pensar en los años..., en los siglos que tardará en dar fruto. Y ahí tienes, Tomasa, cómo sigue su primera vocación aunque para fin bien distinto... El que soñamos predicador del Templo, sermonea en los Clubs... El que destinábamos todos á Ministro del Señor se ha hecho Sacerdote de la Humanidad. Iba para santo y ya ha dado en mártir. La causa defendida ha variado, pero la fogosidad peligrosa de la defensa, no. Compañero de Cristo... Hace veinte siglos hubiera subido al Gólgota. Ahora lo han torturado en Montjuich tan atrocemente, ¡que cruz por cruz, es difícil afirmar cuál es más dolorosa!

TOM. Esteban... Esteban...

ESTEB. ¿Y quieren que no le defienda, viéndole atormentado? ¿No es mi hermano por ventura?

TOM. Dejemos eso... No tiene remedio... Veamos de ponerlo á tu enfermedad que está á la mano. Porque enfermo estás... No hay más que verte... ¿Quieres tomar algo?

ESTEB. No quiero nada... No estoy tan malo como crees.

TOM. ¿Por qué no bajas á la Catedral entonces?

ESTEB. ¡Porque si bajase enfermaría de veras!

TOM. ¡Esteban!

ESTEB. No quiero ver á Don Antolín... Volveríamos á las andadas y acabará por... (gesto amenazador.) ¡Cristo! ¿Decirme que no debía ni acordarme de él? ¡Del único afecto grande y tierno que me queda en el alma!

TOM. No te enfades... (Cariñosa.) Sus ideas...

- ESTEB. Son tuyas. ¿Qué tengo yo que ver con eso? ¿Se mete él en las mías? ¡Es mi hermano! ¡Le quiero! Nos llevó en su seno la misma santa mujer y no pudo hacernos tan distintos que nos odiásemos. En todas sus cartas me lo dice... Pregunta por todos... ¡El infeliz no sabe aún que todos no están ya aquí! (Llora.)
- TOM. Esteban... Esteban... Acabarás por enloquecer... Deja en paz los recuerdos. (Se oye tocar á misa en la Catedral.) ¡Eh! Ya tocan... Dejo esto aquí (la cesta) y bajo á oír misa... Anda tú mientras á dar una vuelta por ahí... Te despejarás un poco. El día es espléndido... El sol y el aire te harán bien... Yo diré á los de la Sacristía que estás un poco malucho... No te echarán de menos.
- ESTEB. Será lo mejor... Que prescindan de mí por hoy...
- TOM. Hasta luego. (Entra en la cocina, deja la cesta y vuelve á la escena para hacer mutis definitivo foro izquierda, Claustro.)

ESCENA II

ESTEBAN

Mi hermano... Sus ideas... ¿Hay para maldecirlo? Mejor fuera convencerlo... No puede hacer tanto mal quien entre todos sembraba el bien... Aquel corazón tan noble no puede tan por completo haberse corrompido... ¡Oh! ¡Si yo lo tuviera aquí! ¡Sabría defenderle y ampararle! ¡Sus penas y desesperaciones se ahogarían en mis brazos!

ESCENA III

DICHO y GABRIEL

- GAB. (Gabriel desfallecido. Aspecto enfermizo. Desalentado.)
¡Esteban!... (Débil. Dentro.)
- ESTEB. ¿¡Eh!? ¿Qué es esto? ¿¡Esa voz!?
- GAB. ¡Esteban... Yo... Soy yo!...
- ESTEB. ¿No sueño despierto?... ¡Gabriel! ¡Gabriel!
(Va al foro.)
- GAB. (Apareciendo. Apoyándose en el quicio de la puerta.)
¡Esteban... Hermano mío!
- ESTEB. ¿Eres tú? ¿De veras eres tú? ¡Gabriel de mi alma! (Abrazándolo y acompañándolo hasta el sillón.)
- GAB. ¡Gracias! ¡Gracias!
- ESTEB. ¿Pero cuándo y á qué vinistes? ¡Oh... qué pálido estás!... ¡Qué fatigado! Descansa, peregrino. ¿Quieres algo?
- GAB. Ahora no... Quiero estar junto á tí... Nada más que eso.
- ESTEB. Pues aquí me tienes. Y para no volver á separarnos. Cuenta, ahora, cuenta. ¿Qué se hizo de tu vida? ¿De dónde vienes?
- GAB. De Madrid... Pero he estado en muchos sitios antes... En Francia..., en Inglaterra .., en Bélgica... ¿¡Qué sé yo dónde!?
- Rodé de un pueblo á otro, como de roca en roca rueda el agua del torrente... ¡Rodé! Siempre luchando con el hambre... y con algo peor... ¡La crueldad, el egoísmo y la ignorancia de los hombres!
- ESTEB. ¡Infeliz!
- GAB. Como sigue la sombra al cuerpo, me siguen la miseria y la policía... Y cuando anonadado por esta existencia de vagabundo quiero detenerme un instante, la justicia, en nombre del miedo, me grita: ¡Anda!... ¡Anda! y emprendo nueva marcha... ¡Como si fuera yo el judío que negó el agua á Cristo!... ¡Yo! ¡Yo que quisiera que los hombres todos abrevasen en el

manantial purísimo de sus doctrinas sublimes!

ESTEB.

¡Hermano mío!

GAB.

¡Ese es mi crimen!

ESTEB.

¿!Criminal tú?

GAB.

Y terriblemente peligroso... ¡Aquí donde me ves! ¿Tú qué creías? Enfermo... con el cuerpo arruinado antes de la vejez. ¡Próximo á la nada! Inspiro tal alarma, que ayer llegué á Madrid y ayer mismo me amenazaron con la cárcel si no dejaba la coronada villa antes de la noche... ¡Temblaba la capital porque un moribundo se albergaba en ella! ¿Viste cobardía más ridícula? Tuve que tomar de nuevo el tren. ¿Y á dónde ir? El mundo es grande... ¡Pero ante mí se achica, comprimiéndose, hasta no dejarme un palmo de tierra en que fijar la planta! Sólo me quedas tú y á tu cariño vuelvo... A este rincón tranquilo y silencioso donde vives feliz... ¡No me rechaces!

ESTEB.

¿¡Yo!? ¿¡Rechazarte yo!?

GAB.

Quizás harías bien... ¿Quién sabe á lo que te expones acogióndome? Debí pensarlo... No venir... ¡Pero me espanta, hermano, la soledad de la muerte que me aguarda en la cárcel ó en el hospital!... ¡Si es que allí quieren recibirme al conocer mi nombre!

ESTEB.

¡Ah Gabriel... Gabriel!... ¿De qué te han servido ilustración y talento? Libros... Periódicos... Todo lo devorastes... Y se engendró en ti esa fiebre loca de arreglar lo que está arreglado, mejorando lo inmejorable; porque malo es... pero sin arreglo ni mejoramiento posibles... Créeme... Rodó siempre el mundo sobre el mismo eje... Aunque para removerlo hubiese palanca, ¿en dónde encontrarás punto de apoyo? Siguieras blandamente tu camino y hoy serías Beneficiado de la Catedral. Tal vez te sentaras en el Coro entre los canónigos... Los dolores de la Humanidad serían los mismos... pero tú no los sentirías... A los canónigos no llegan...

GAB. ¡Hermano!
ESTEB. Hoy serías honra y amparo de la familia...

Útil á los tuyos... Satisfecho de tí mismo...
Sin recelos ni quebrantos. Sano el cuerpo.

GAB. ¡Y embotado el espíritu!

ESTEB. Tu talento te perdió... ¡Mala cabeza! Ya
ves á qué extremo te conduce... Miseria...
persecución..., odios..., injurias... ¡Lo que
he sufrido enterándome de tus extravíos!
¡Cuántas amarguras desde la última vez
que te abracé! Te creía dichoso en la im-
prenta de Barcelona donde entraste de co-
rrector... ¡Tu sueldazo era una fortuna!
Compáralo con lo que ganamos aquí...
Empezó á escamarme leer tu nombre con
demasiada frecuencia en los periódicos...
Hablabas en todos esos *mitinges* en que se
predica el reparto de la tierra..., la aboli-
ción de la Iglesia y la disolución de la fa-
milia... «El *compañero* Luna ha dicho
esto.» «El *compañero* Luna ha hecho lo
otro.» Yo ocultaba cuidadosamente á la
gente de la casa que el tal *compañero*
fueres tú..., adivinando que tantas locuras
acabarían mal... Forzosamente mal... Era
mucho pedir vosotros solos contra los que
todo lo pueden.

GAB. ¡Porque lo acaparan todo!

ESTEB. Porque lo tienen... Porque es suyo... Des-
pués vino lo de las bombas...

GAB. Nada tuve que ver con ello... Condeno por
igual toda violencia... Esa me parece pre-
matura..., ineficaz..., contraproducente...
Pero aunque nada la disculpe, piensa bien
que por el sólo delito de pensar alto nos
acorralaron como fieras. ¿Qué extraño que
la fiera use garras y dientes para saltar el
cerco?

ESTEB. ¿Y los inocentes?

GAB. ¡Barbarie inaudita es confundirlos con los
culpables!... Mas de la subsistencia del es-
tado social absorbente y tiránico que ahoga
y envilece los pueblos y los hombres, ¿quién
está inocente del todo? Cuando inmediata

al abuso no surge la protesta, igualmente son cómplices el perjudicador y el perjudicado. Ambos responsables... ¡El uno por la maldad de la acción, el otro por la cobardía del silencio!

ESTEB. No me convences.

GAB. Vuelvo á repetirte que rechazo toda violencia.

ESTEB. Lo sé... Siempre te creí limpio de la mancha de esos crímenes horribles... ¡Tú tan bueno..., tan dulce..., que aun niño nos asombrabas á todos con tu cándida generosidad y ternura!... ¿Tú matar? ¿Y tan traidora y neciamente? ¡No era posible! ¡Ni jurándolo tú te creería!

GAB. Me haces justicia..., pero los que la representan me cazaron en la batida que ordenó el Gobierno al ocurrir los sucesos...

ESTEB. ¡Ya ves tú qué dolor! Agonizaba temiendo que te mataran de un momento á otro... Leía ansioso cuantas noticias se publicaban del proceso... ¡Y no poder hablar! ¡No poder quejarme..., desahogarme al menos confiando mi pena á los de la familia!... Sólo encontré un consuelo. ¡Rezar! ¡Recé mucho allá abajo!... ¡Tanto, que creo que me oyeron un poco allá arriba! (El cielo.)

GAB. ¿¡Rezar!?

ESTEB. Ya ves... Los de la casa..., acostumbrados al diario trato con Dios y sus Santos, somos algo duros..., irreverentes, incrédulos... ¡Pecadores! Pero la desgracia ablanda el corazón... ¡Y yo pedí tu salvación con toda mi alma, á la que todo lo puede, á nuestra patrona excelsa!... ¡A la Virgen del Sagrario!

GAB. Gracias, Esteban... Me conmueve y admira tu fe. Mas no he salido tan bien como imaginas de aquella sombría aventura... Haber muerto asesinado en nombre de la ley aplicada por un ciego... ¿Tú temías que eso me sucediese? ¡Ojalá! El martirio tiene su aureola... ¡Valía más eso que no

entrar en la cárcel siendo un hombre y salir hecho un pingajo!

ESTEB.

¡Gabriel..., vivir!...

GAB.

¿Vivo yo acaso desde entonces? Estoy muy enfermo, Esteban... ¡Me condenaron á muerte, dejando por inhumanidad al tiempo que ejecutase la sentencia! Mis pulmones están deshechos... Mi estómago perdido... Mi cuerpo entero es una máquina desvencijada, que cruje por todas partes, como si las piezas que la componen fuesen á separarse y caer cada una por su lado... Sólo funciona por un resto de energía de la voluntad que se apaga...

ESTEB.

¡No! ¡No morirás! ¡Me faltaba eso! Lo que necesitas es calma y cariño... Aquí nos sobra de eso... ¡La Catedral te curará!

GAB.

¿Luego me admites á tu lado?

ESTEB.

¡Me ofende tu pregunta! ¡De aquí no sales!

GAB.

¡Esteban!... (Tendiéndole la mano agradecido)... Pero... ¿Y Pepa... tu mujer?...

ESTEB.

¡Murió! (Triste.)

GAB.

¿Ah!? ¡Pobre hermano! También has llorado penas... Tenías, no obstante, cerca el consuelo... Sagrario... Mi sobrina... ¡Estará hecha una hermosura!...

ESTEB.

Sagrario...

GAB.

¿Se casó ó está contigo?

ESTEB.

¡Murió también! (Sombrio.)

GAB.

¿Ella!? ¿También ella ha muerto!?

ESTEB.

¡Ha muerto... para mí!

GAB.

¿Qué dices!?

ESTEB.

¡Por lo que más quieras!... ¡No hablemos de eso! (Suplicante.)

GAB.

Sea... No hablemos. (Resignado.)

ESTEB.

¿Querrás tomar algo?

GAB.

Nada.

ESTEB.

Ahora vendrá la tía Tomasa... Desde que murió mi mujer vive conmigo. Ella te preparará algo confortante...

ESCENA IV

DICHOS y TOMÁS

- TOMÁS. ¿Se puede?
ESTEB. Entra.
TOMÁS. Buenos días... Me dijeron que estaba usted enfermo y subí á verle...
ESTEB. Fué poco el daño... Ya pasó... Mira hacia allí... (A donde está Gabriel.)
TOMÁS. Ya he saludado...
ESTEB. ¿A quién? ¿Sabes tú quién es ese? ¡Gabriel!
¡El segundo hijo de mi madre! ¡Gabriel!
TOMÁS. ¡Calle... Mi tío!
ESTEB. (A Gabriel.) ¡Este zagalón es el hijo de nuestro pobre hermano que haya Dios en su Gloria!
GAB. ¡Guapo mozo! (Se dan las manos.)
ESTEB. (A Tomás.) Tu tío viene de América..., de París... ¡Qué sé yo de dónde!
TOMÁS. ¡Redaños y qué ganas tenía de conocerle! Tío Esteban hablaba mucho y bien de usted.
ESTEB. No diría de tí otro tanto... (A Gabriel por Tomás.) ¡Es la peor cabeza del servicio de la Catedral! No hay mala idea que en ella no se cobije... Y todas las lleva á práctica. En plena sacristía jura como un impío... A espaldas por supuesto de los beneficiados.
GAB. ¿Está empleado en la casa?
TOMÁS. ¡Por desgracia!
ESTEB. ¿Le oyes? ¡Por desgracia!... ¡Y tiene un cargo brillante... del que es indigno!
TOMÁS. Soy el perrero.
ESTEB. Desde los 20 años... cobra sus seis realitos diarios...
TOMÁS. ¡Una ganga!
ESTEB. No es eso solo. Como anda suelto por la Iglesia, casi siempre desocupado, puede enseñar á los forasteros las curiosidades y reliquias de la casa..., caen sendas propinas... Total, que gana más que yo.

- TOMÁS. ¡Miseria pura!
ESTEB. ¡Badulaque! ¡Un cargo tan vistoso!... ¡Viéraslo marchar en las procesiones, delante de todos, junto á la gran manga de la Primada, con su horquilla forrada de terciopelo rojo para sostenerla si cayese... Vestido con ropón de brocado escarlata... ¡Ni más ni menos que un Cardenal! Hasta se parece mucho, según dice el Maestro de Capilla, que sabe de tales cosas, á un tal *Diente*...
- GAB. Dante.
ESTEB. Diente ó diantre... Un italiano que bajó al infierno y escribió en verso su viaje.
- TOMÁS. ¡Ya es humor!... ¡Si usted le escucha!...
(A Gabriel por Esteban.)
- ESTEB. ¿Y aún no estás contento?
TOMÁS. Sí lo estoy... Pero la Iglesia no me tira...
¡Redaños!... ¡Yo nací para el mundo!...
- ESTEB. ¡Tú naciste con muy poca vergüenza y sigues lo mismo desde el nacimiento acá! Figúrate que el último domingo, apenas acabó la procesión, se me escapó á la plaza á matar un novillo... ¡Por poco lo torea con el ropón escarlata, uniforme de su cargo religioso!
- TOMÁS. ¡Religioso... un perrero!...
ESTEB. ¡El día que Don Antolín se entere, sabrás lo que es bueno!
- TOMÁS. ¡La envidia que tendría si lo supiera!
ESTEB. ¡No ofendas á Dios!
TOMÁS. ¿¡Qué tiene Dios que ver con Don Antolín!?

ESCENA V

DICHOS, TOMASA foro Claustro.

- TOM. ¡Ya tenemos misa! ¿Pero no has salido tú?
(A Esteban que la señala á Gabriel.) ¿¡Qué!? ¡Gabriel... Gabrielillo!
- GAB. ¡Tomasa! (se abrazan.)
TOM. ¡Jesús y qué sorpresa! ¿Pero cuándo has venido?

- ESTEB. Acaba de llegar.
TOM. ¿Por mucho tiempo?
ESTEB. ¡Hasta las 12 de la noche del día del Juicio!
TOM. ¿Se queda con nosotros?
ESTEB. ¡Para siempre!
GAB. ¿La desagrada?
TOM. ¡Al contrario! Contigo volverá á esta casa la alegría.
TOMÁS. ¡Y hacía mucha falta!
ESTEB. ¡Ea! ¡Ea! Menos conversación y más almuerzo.
TOM. A escape..., vendrás desfallecido...
TOMÁS. Lo que es la cara... ¡Es de hambre!
TOM. ¡Dí lo que quieres!
TOMÁS. Pida. Pida usted por esa boca...
ESTEB. Aunque pobres, hemos de poder poco si no te sacamos á flote, quitándote ese aspecto de muerto resucitado.
TOM. ¡Ya lo creo! Pide, Gabriel...
TOMÁS. Aproveche usted el ofrecimiento... ¡Redaños! Si me lo hicieran á mí...
GAB. Es inútil... No os esforcéis... Mi estómago acabó... Me basta un poco de leche... ¡Si quiere admitirla!
TOM. Anda, Tomás; baja tu mismo á por ella.
ESTEB. (A Tomasa.) Eso ahora... Pero prepara un buen cocido...
TOM. Descuida. (Tomás, Tomasa y Esteban se separan un poco de Gabriel y hablan en grupo aparte.) Haré algo más...
GAB. He aquí próximo á realizarse mi deseo de morir en un rincón de la soñolienta Catedral española... Su calma y su obscuridad anticipan las del sepulcro... ¡Única esperanza que me sonreía en mi vagar continuo por las carreteras de Europa, proscripto, sospechoso, siempre hurtándome á la vista del agente uniformado, de la autoridad despótica! .. Acogerme á la Catedral... como el náufrago al resto del buque, que sobrenada hacia el puerto... Ni el Guardia civil, ni el gendarme... ¡La Iglesia! ¡Ella me recibe como madre, vieja y adusta que no

sonríe, pero perdona y abre los brazos y el corazón al hijo extraviado!

ESTEB. (En el grupo.) Sí... Voy abajo... No quiero que sospechen que por la venida de Gabriel inventé mi enfermedad. (A Gabriel.) ¡Vuelvo enseguida!

TOMÁS. Yo voy por la leche. (Cogiendo un jarro que Tomasa saca de la cocina.)

ESTEB. (A Gabriel.) Puedes en tanto acostarte si quieres descansar un poco, en mi cuarto mismo... ¡Hasta luego!

TOM. Sí. Pasa... Pasa por aquí... (Lateral izquierda.)

GAB. ¡Adiós, Esteban... Mi buen Esteban! (Abrazándose. Entra Gabriel puerta izquierda.)

ESTEB. ¡Pobre Gabriel! (Al salir y empujando á Tomás.) ¡Anda, novillero!

TOMÁS. (Saliendo.) ¡Redaños!

ESCENA VI

TOMASA, á poco D. LUIS foro derecha.

TOM. ¡Gracias á Dios! La alegría que hace tiempo se despidió de esta casa, vuelve al fin á ella... Preparemos el almuerzo... Gabrielillo viene hecho un alma en pena...

D. LUIS. Señora Tomasa...

TOM. ¡Ola, Don Luis!

D. LUIS. ¿Y Esteban? Me dijeron que estaba enfermo mucho...

TOM. No fué de cuidado... Abajo está. ¿No sabe usted la novedad?

D. LUIS. ¿Ocurre alguna?

TOM. ¡Y gorda!

D. LUIS. ¿Agradable?

TOM. ¡Gabriel está aquí!

D. LUIS. ¿¡Gabriel!?

TOM. ¡El hermano de Esteban!

D. LUIS. ¿Cómo...? ¿¡Ese desdichado!?

TOM. Llegó esta mañana. Ya le verá usted.. Ahora descansa... El infeliz está para poco... ¡Ha sufrido tanto!... Pero es muy

- simpático... y habla muy bien. ¡Aun sin entenderle da gusto oírle!
- D. LUIS. Tengo deseos de verle...
- TOM. Si no acabara de acostarse le llamaría...
- D. LUIS. ¡De ninguna manera! Tiempo habrá...

ESCENA VII

DICHOS y TOMÁS

- TOMÁS. En dos saltos... ¡Aquí está esto! (Da el jarro á Tomasa, que entra en la cocina.) Supongo, Don Luis, que sabrá usted...
- D. LUIS. Tomasa me lo ha dicho... La oveja vuelve al redil...
- TOMÁS. Cuando usted le vea será su amigo. Dice mi tío Esteban que sabe de todo... Ha estado en todas partes... ¡Calcúle usted!... A esa oveja no se la esquila fácilmente.
- D. LUIS. ¿No será un peligro para Esteban la vuelta de Gabriel?
- TOMÁS. ¿Un peligro? ¿Por qué?
- D. LUIS. Si ha de vivir aquí... Ya sabes el carácter de los de la casa... Sin estar él ya has visto los disgustos que á tu tío ha ocasionado ser su hermano quien es.
- TOMÁS. Se acostumbrarán á verle y no pasará nada. Estoy seguro de que los que más le censuran le alabarán más cuando le conozcan mejor.
- D. LUIS. ¡Así sea!
- TOMÁS. A mí me causa un respeto... Una admiración... ¡Como un Santo!... ¡Pero como un Santo... Mártir!
- TOM. (Volviendo de la cocina.) ¿No bajas á la Catedral? ¡Gandull!
- TOMÁS. ¡Allá voy! Es que estaba...
- D. LUIS. Estábamos hablando del viajero... Volveré á verle... Ahora bajo también... Hasta luego.
- TOMÁS. ¡Adiós, tía!
- D. LUIS. (Saliendo con Tomás puerta Claustro.) Por más que digas tú... temo conflictos... (Mutis.)

ESCENA VIII

TOMASA y GABRIEL

- GAB. Tomasa...
- TOM. ¿Pero, que no has dormido?
- GAB. No puedo.
- TOM. ¿Está dura la cama?
- GAB. No... No es eso..., no puedo echarme... Me ahoga la tos... Descansaré en este sillón.
- TOM. Como tu quieras. ¿Vas á tomar la leche?
- GAB. Bueno.
- TOM. Verás que rica... (Entra en la cocina y sale con un vaso de leche que le acerca.)
- GAB. ¿Está usted sola?... ¡Me alegro!
- TOM. ¿¡Sí!?
- GAB. Quería hablarla.
- TOM. ¿Te pasa algo?
- GAB. No se trata de mí. (Bebe la leche.)
- TOM. ¿Qué tal?
- GAB. ¡Sabrosa! (Dejando el vaso.) Quería decirle...
- TOM. Habla... Te escucho impaciente...
- GAB. Siéntese á mi lado... Más cerca... Cosas hay que no pueden decirse de modo que las oigan las paredes... Al llegar pregunté á mi hermano por sus seres más queridos.
- TOM. ¿Comprendes?
- GAB. Su mujer ha muerto.
- TOM. Lo sé... Me dijo eso. «Ha muerto para todo el mundo.» ¿Y Sagrario?... «¡Sagrario ha muerto para mí!» ¿Por qué ha muerto para él? Esto quiero que me digas. ¿Qué ha sido de la hija de Esteban?
- GAB. ¡Ah!... ¡Una gran desgracia! Lo que nunca se había visto en el Claustro alto... ¡Una gran desgracia... y una gran vergüenza!
- TOM. ¡Infeliz!
- GAB. Las locuras del mundo entraron en la Catedral y vinieron á hacer nido justamente en la casa más honrada, antigua y respetable de las Claverías... Todos somos buenos aquí, Gabriel... Gentes al fin que no

- hemos visto la vida fuera de este rincón...
Sagrario tuvo relaciones con un cadete.
- GAB. La juventud sin amor sería una primavera sin flores.
- TOM. El era de familia ilustre... Eso enorgullecía á tu hermano... Tanto, que á pesar de mis consejos lo dejaba entrar en casa.
- GAB. Belleza y virtud, bien valen fortuna y nombre.
- TOM. Los ricos no son para los pobres... Pero ella estaba chaladita por su cadete... ¡Parecía una reina por lo satisfecha, hijo, cuando los días de fiesta iba á paseo acompañada de su madre y de aquel novio tan apuesto, que la envidiaban las más encopetadas señoritas! El cadete ascendió á teniente y lo destinaron á Madrid. Fué obra de su parentela, contraria al amorío... La despedida fué cosa teatral. Hasta el bragazas de tu hermano y la simple de su mujer, que esté en la Gloria, lloraron como si fueran la misma novia. Los muchachos se cogían de las manos y mirándose..., mirándose á los ojos, se pasaban las horas. El estaba más tranquilo. Promejía venir todos los domingos y escribir todos los demás días de la semana... Así lo hizo al principio..., pero luego..., pasaron semanas sin viaje y meses sin correspondencia...
- GAB. Hasta que el cartero olvidó la casa.
- TOM. Por completo... El señorito tenía en Madrid otras ocupaciones... Sagrario perdió sus hermosos colores... No era ya aquel albaricoque fresquito que producía ansias de morderlo... Lloraba por los rincones, contemplaba constantemente por la ventana, el espacio, como si se dispusiese á cruzarlo en un vuelo... Y al fin un día ¡voló!
- GAB. ¿Dónde fué? ¿No la buscaron?
- TOM. Tu hermano enloquecía desesperado... Algunas noches le sorprendimos en el Claustro alto... mirando al Cielo con unos ojos que parecían de vidrio.
- GAB. ¿Pero no le hablaron de buscar á su hija?

- TOM. Se enfurecía más... El escándalo estaba dado y no quería agravarlo recogíendola... ¡Haciendo entrar á una perdida en la Iglesia Primada!... ¡Aquí!
- GAB. ¡La Magdalena entró en el Cielo!
- TOM. ¡No era de la honrada casa de los Lunas! (Enérgica, orgullosa.)
- GAB. ¿Y después de la fuga... no se ha sabido de ella?
- TOM. Primero sí... Después ni una palabra... Vivía en la Corte con su cadete... recatándose de las gentes... en santa tranquilidad como marido y mujer... ¡Del mal el menos! Yo misma al saberlo dudaba de mi malicia, acariciando la esperanza de que el muy condenado se volviese buena persona y acabaran casándose de veras... Pero al año escaso se terminó todo... El se hastiaba..., la familia intervino, para que la calaverada no perjudicase el porvenir del muchacho...
- GAB. ¿Y el de ella?
- TOM. No era cosa suya... ¿Por qué no se guardó?
- GAB. ¡El eterno crimen!
- TOM. Luego... Nada sé de cierto... De vez en cuando me han dicho algo los que van y vienen de Madrid. La han visto algunos. ¡Mejor hubiese sido que no la vieran! ¡Una vergüenza, Gabriel! Creo que ha estado muy enferma... que aún lo está... ¡Figúrate! Esa vida, durante cinco años. ¡Y pensar que es la nieta de mi hermano!! (Llora.)
- GAB. Tomasa... Siempre fuistes caritativa... Es preciso que no dejes de serlo en esta ocasión... Debías preocuparte más de esa desgraciada.
- TOM. ¿Yo?
- GAB. ¡Usted! Hay que recobrarla... Traerla...
- TOM. ¿Aquí?
- GAB. ¡Aquí! Hay que ser misericordioso con las debilidades humanas... ¡Mucho más cuando la víctima es carne nuestra!
- TOM. ¿A quién se lo dices? Mil veces pensé en ello... pero me espanta tu hermano... Ese pedazo de pan se convierte en un tigre

- cuando le hablan de Sagrario... Aunque la encontrásemos y la trajésemos... se negaría á admitirla.
- GAB. Es su hija... Yo le ayudaré... Hagamos á medias esa buena obra... Indagaremos, buscaremos y una vez la tengamos... ¡Yo me encargo de Esteban!
- TOM. Dificilillo será encontrarla... Haré lo que pueda... Pensaremos en ello, Gabriel... Además... Podríamos llevarla á un convento para que esté recogida y tranquila sin escándalo de nadie.
- GAB. ¡No!... ¡Eso no! No tenemos derecho para negarla la libertad. ¡A pretexto de moralizadores seríamos crueles!
- TOM. Dices bien... A mí eso de los monjíos nunca me gustó gran cosa... ¿Dónde mejor que al lado de la familia para convertirla con el buen ejemplo? La traeremos á casa, si está arrepentida.
- GAB. ¡Sí! ¡A casa! ¡A casa! ¡El calor dulce del hogar templá todos los dolores... y ella ha sufrido... sufre mucho sin duda!
- TOM. Murmurarán... No importa. ¡A la primera que en las Claverías hable de ella la arranco el moño! Y en cuanto á ellos... se guardarán bastante... Hay que tener caridad para con el prójimo... Y ellos más que nadie... Al fin son pecadores también... Más pecadores que otros á quienes no obliga tanto la profesión y el ejemplo... No basta vestir sotana para merecer el cielo.

ESCENA IX

DICHOS, ESTEBAN y D. LUIS

- ESTEB. ¿Cómo va ese ánimo, Gabrielillo?
- GAB. Bien... Muy bien.
- TOM. ¡Ya lo creo!
- ESTEB. Aquí lo tiene usted... Es mi hermano... D. Luis, el maestro de capilla. ¡Un gran hombre!

- D. LUIS. Mucho y bien he oído hablar de usted á Esteban.
- GAB. Me quiere demasiado para ser imparcial su juicio.
- D. LUIS. Yo lo estimo sincero... ¿Entiende usted de música?
- GAB. Algo. . Muy poco.
- D. LUIS. Viajando tanto, habrá usted oído cosas excelentes.
- GAB. La música es para mí la más grata de las artes... Dije á usted que la entendía poco, pero la siento hondo.
- D. LUIS. Ya me contará usted... ¡Cuánto le envidio lo que ha viajado! Algo he corrido yo..., pero de niño. Mi padre era músico también... Recuerdo que un día, á la salida de un concierto, me miró fijamente como quien va á hablar de cosa grave y me dijo: «Luis... Acuérdate bien de esto: En el mundo no hay más que un Señor, Nuestro Señor Jesucristo; y dos Señoritos: Galileo y Bethoven.»
- ESTEB. Se quedará usted á almorzar con nosotros.
- D. LUIS. ¡Oh, no!
- ESTEB. Así hablarán ustedes.
- D. LUIS. Habrá tiempo... Hoy estará cansado.
- GAB. No me canso nunca.
- D. LUIS. Entonces, acepto.
- ESTEB. Ya lo oyes, Tomasa. Don Luis come con nosotros...
- TOM. No me coge desprevenida.

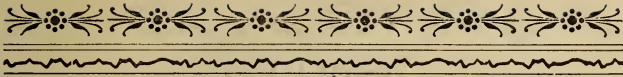
ESCENA X

DICHOS, EL CAMPANERO, EL ZAPATERO y TOMÁS

- CAMP. Salud, vecinos.
- ESTEB. ¡Ola! ¡Salud!
- CAMP. Nos dijeron que no la gozabas completa.
- ZAP. ¿Qué ha sido ello?
- ESTEB. Nada entre dos estornudos. ¿Queréis conocer á mi hermano? Pues ahí le tenéis. ¡Ese es Gabriel!

- CAMP. ¿¡El librepensador!?
- ZAP. ¿¡El propagandista libertario!?
- CAMP. ¡El anarquista!
- GAB. ¡Mi hermano! ¡Gabriel Luna! (Con orgullo y energía.—Se oye el voltear de la gran campana. Caen todos de rodillas. Gabriel contempla el grupo con asombro.—Pausa.)
- TODOS. ¡Alzan á Dios! ¡Oremus!
- TODOS }
MENOS } ¡Oremus!
GAB. }
GAB. (Aparte.) Humillándose pretenden ensalzarte... La oración está en sus labios, pero tus doctrinas no están en su corazón. ¡Perdónalos, Señor... No saben lo que se hacen!

TELÓN



ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

TOMÁS en la escena.—TOMASA saliendo puerta Claustro

- TOM. ¿Estás ahí todavía?
TOMÁS. ¡Ya me voy!
TOM. ¡Largo!
TOMÁS. Aquí pasa algo grave...
TOM. ¿Qué ha de pasar?
TOMÁS. No lo sé... pero es indudable... A usted no se la ha visto por aquí el pelo en ocho días... Gabriel me ordena que me lleve fuera de la casa al tío Esteban...
TOM. Cosa suya es.
TOMÁS. Entonces es cosa buena. Gabriel no puede hacer, decir, ni pensar nada que no sea grande y provechoso. ¡Cristo qué hombre! Estoy orgulloso de llevar su sangre. En pocos días ha metido en un puño á toda la gente de la casa, que en Dios adora, pero en mi tío cree. Si necesitase nuestras vidas pocos vacilarían en sacrificárselas.
TOM. Eres un charlatán... ¿A qué viene eso?
TOMÁS. A decir la verdad.
TOM. En ocasión de más reposo... Ahora vete... Corre prisa darle gusto.
TOMÁS. Hasta luego... Yo he de enterarme de lo que traman...

ESCENA II

TOMASA, luego SAGRARIO

- TOM. Al fin... Y aquélla esperando... Por fortuna el Claustro es oscuro y su sombra la protege... Ahora no hay nadie... ¡Entra!
(A la puerta Claustro. Entra Sagrario.)
- SAGR. ¿¡Aquí!?... ¡Otra vez en mi casa!...
- TOM. Otra vez Sagrario... Y espero que ésta sea para siempre. Bien puedes agradecerlo á tu tío. Sin su empeño, á pesar del deseo de todos, te hubieras quedado donde estas. ¡Y estabas en buen sitio!... ¡¡Qué asco!!
- SAGR. ¡Tía!
- TOM. Sí... Ya sé... Gabriel me encargó que no aludiese á... Pero no siempre puede una contenerse... ¡Pensar que ha caído tan bajo nuestro nombre! ¡Que se ha revolcado en el fango del arroyo, pateado por la canallá!
- SAGR. ¡No es generoso recordármelo!
- TOM. Eso dice él...
- SAGR. Tengo grandes deseos de verle para demostrarle mi gratitud.
- TOM. No tardará en subir...
- SAGR. ¡Todo... Todo está igual que lo dejé!
- TOM. Tú eres la única que has cambiado. Nos creemos superiores á cuanto nos rodea y somos inferiores á ello... Eso lo dice tu tío... Influye en nosotros imponiéndose en nuestra costumbre..., en nuestro pensamiento y en nuestra conciencia el medio ambiente que respiramos... Las cosas más ínfimas tienen mayor firmeza que nosotros... Mira, sillas, cuadros... ¡Todo lo mismo! Como si el tiempo no hubiese pasado. En cambio tú... diríase que los minutos de tu vida han durado años... Pero aquí recobrarás en breve lo perdido.
- SAGR. ¿¡Lo perdido! Es usted muy bondadosa... Pero su oferta es irrealizable... La Sagrario que se fué no volverá... Los buenos deseos

no bastan á resucitar los muertos... Todo el mundo puede herir... pero nadie borrar las cicatrices de esas heridas... ¡Qué malos son los hombres!

TOM. ¿Pues y nosotros? No hay que cargarlo todo á su cuenta. Y algunos se afanan en deshacer el mal tanto como la mayor parte en propagarlo. Dilo tú... Un hombre te llevó á la desgracia, pero otro hombre te devuelve á la felicidad.

SAGR. (Abstraída.) Tantas promesas.. , juramentos tan solemnes... (Alto.) Somos muy necias las mujeres.

TOM. Ahora estás más en lo cierto... ¡Necias! Tocas en lo vivo. Gabriel dice que es á causa de nuestra educación gazmoña, en perfecta ignorancia de la vida... Pero oigo llegar á alguien... Entra... Entra aquí... Que no te vea nadie hasta el momento preciso... Cuando él lo ordene. (Entran las dos foro derecha.)

ESCENA III

GABRIEL y DON ANTOLÍN foro Claustro

GAB. Pase usted, Don Antolín.

D. ANT. Bien..., bien, Gabrielillo... Celebro tu mejoría. Esto marcha á toda vela... A ese paso estarás en breve restablecido por completo. ¿Lo ves? ¡El influjo benéfico de la paz reinante en esta casa santa! Aquí es todo beatitud..., abnegación...

GAB. ¿Y qué tal fué ayer el día?

D. ANT. Flojo, Gabrielillo... ¡Por vida del... Estamos en lo crudo del invierno. Viaja poca gente. La gran temporada nuestra es la primavera, cuando los ingleses, ávidos de sol, entran por Gibraltar para emborracharse en las juergas macarenas de la feria de Sevilla. Después vienen á echar un ojo á nuestra Catedral... Son herejes..., pero pagan bien la visita... Y el dinero no tiene

religión ninguna. También se llega por acá la gente de Madrid... Esa es católica..., pero avara y pobretona. Sólo á regañadientes afloja la mosca por curiosear nuestro tesoro... Las reliquias..., los gigantones..., la campana gorda... Cada cual ve según lo que paga.

GAB.

¿Hay clases?

D. ANT.

¡Vaya!... Mira... Tres talonarios. (Los saca y enseña á Gabriel.) Están casi completos..., pero en el buen tiempo da gusto ver cómo disminuyen las hojas... Hubo día en que recogí ochenta duros, Gabriel. En el último *Corpus...*, mi sobrina Mariquilla tuvo que recoserme los bolsillos de la sotana, que se rompían del peso de tantas pesetejas. ¡Una bendición del Señor!

GAB.

(Irónico.) ¡Sin duda alguna!

D. ANT.

¿Ves estas papeletas verdes? (Un talonario.) Son las más caras... Dos pesetas cada una, pero dan derecho á verlo todo. La capilla de la Virgen... El ochavo con sus reliquias... ¡Las mejores del mundo! ¡Las de las otras Catedrales son porquerías!

GAB.

¿De veras?

D. ANT.

¡Y jonjaba, hijo! Ojos de Santa Lucía fabricados por ópticos con tienda abierta... Pedazos de la túnica de Jesús... que vistió sólo algún Cristo de teatro... ¡Mentiras, Gabriel, inventadas por la envidia para arrebatarse la clientela de turistas á nuestra iglesia primada.

GAB.

¿Se negocia en eso?

D. ANT.

Se negocia en todo... Pero la verdad, es la verdad.

GAB.

¡Hay viles falsificadores!

D. ANT.

Sí... Estas rojas sólo cuestan seis reales... Se puede visitar con ellas la Sacristía..., el guardarropa..., la Capilla de Don Alvaro de Luna, vuestro gran antecesor... Un Ministro que murió decapitado... ¡Qué tiempos aquellos! ¡Qué buenos tiempos!... También enseñamos por una cincuenta la sepultura del Cardenal Albornoz...; un

obispo bien bragado, que reconquistó el Territorio de los Papas refugiados en Avignon. ¿No lo sabes? Un día el Papa quiso pedirle cuentas y el Cardenal presentó un carro cargado con las llaves y cerrojos de las ciudades conquistadas, diciendo: ¡Hé aquí mis cuentas! Lo mismo repartía él bendiciones que sablazos... En la Sala Capitular está su retrato. ¿Quién no se rasca el bolso por ver tales maravillas?

GAB. Los retratos...

D. ANT. Están pintados por los mejores maestros... Algunos valen...

GAB. Más que los retratados.

D. ANT. ¡Mucho más! Pintar es como querer... En verdad te digo que algunos de los alabados en pintura, fueron en la realidad bien despreciables. Gabrielillo... Aquí de tí para mí... los Obispos son hombres también...

GAB. Y esas papeletas blancas...

D. ANT. ¿Estas? Sólo valen dos reales... ¿Ves que baratura? Cualquier titilimundi cuesta más caro. Se venden muchas entre la gente menuda que viene á la Catedral los días festivos. Sirven para ver los Gigantes y las Campanas. ¿Querrás creer que hay impíos que protestan y regatean? Ayer mismo, un soldado de la Academia me llamó ladrón porque no le dejé entrar por un perro gordo.

GAB. Están acostumbrados á pagar media entrada en los espectáculos públicos.

D. ANT. ¡Pero esto no es un espectáculo! ¡Fíjate! ¡Es la Catedral Primada! ¡El más augusto templo del Señor! Se van muchos echando pestes... ¡Herejotes!... Y algunos dibujan con lápiz ó carbón en las paredes de la escalera, cosas... ¡Cosas abominables, Gabriel!

GAB. Sí... Yo he visto...

D. ANT. Y escriben unos letreritos... ¡Qué tiempos, Gabriel! El ingenio escarneciendo la religión... Esto de las papeletas lo inventé yo

GAB. ¿Sí?

D. ANT. El público paga..., mira y se marcha. ¿Qué

daño hay en eso? En cambio hay dinero de sobra para todos... ¡Y no me lo agradecen! Al contrario, me cercenan cuanto pueden el beneficio y me hacen andar como ves..., á mí, á un Ministro del Señor..., de un lado para otro, ofreciendo papeletas, ni más ni menos que si fuese un revendedor de billetes de los toros.

GAB. Siendo usted el inventor...

D. ANT. Todos gozan el provecho. ¿Por qué no repartirse el trabajo?

GAB. La confianza...

D. ANT. Están numerados los talonarios... No se pueden hacer trampas. ¡Y yo sólo he de aguantar que el público me trate como al taquillero de un teatro, donde entran y salen extranjeros herejes, que ni se santi-guan siquiera y miran las reliquias con gemelos!

GAB. Pagan...

D. ANT. Y hay que tolerarlos y servirlos. ¿No es eso? De esos gajes toman todos los postres... del mísero cocido que el Estado nos subvenciona. ¡Que aguanten todos las molestias! ¡Car...amba! ¡Iba á decir una barbaridad! ¡Dios me perdone!

GAB. No se enfade usted, Don Antolín. Usted trajo las gallinas...

D. ANT. Y gracias á ello puede ir tirando la Catedral con su aspecto de antigua grandeza. Somos más pobres que las ratas. Esta es la verdad. Remendamos los rotos de hoy con los trapos sobrantes de ayer. ¿Pero, y cuando el repuesto se acabe? Habrá que poner vidrios blancos en los ventanales..., vestir los sacerdotes como los capellanes de ermitas... Parecerá esto una casa de huéspedes barata... Y eso que no desperdiciamos nada para sacar dinero. Yo no me doy punto de reposo á vigilar. Ya estoy en la Sacristía para evitar que los monagos se beban el vino ó se lleven la cera... Ya en el Ochoavo viendo si tu sobrino Tomás exige la papeleta á los forasteros..., porque

es capaz de dejarlos entrar gratis para que le den propina... Ya subo al Claustro á observar al zapaterín que enseña los gigantes. ¡A mí no me la pegan! ¡Nadie se escapa sin pagar!... ¡Pero..., ¡ay! A causa de tan excesivo trabajo, hace no sé cuánto tiempo que no celebro misa... Leo mis horas tan apresuradamente, que no me entero del rezo... Esto no es vida de católico. Y si no confiase en que ve Dios que lo hago por la gloria de su casa, daría por perdida mi alma... Pero, ¡carape! Me entretengo demasiado... De seguro encontraré ya frío el chocolate.

GAB. ¿Y qué hay de lo mío?

D. ANT. Todo se andará... No te olvido... Tú sabes que te quiero á pesar de tus extravíos y haré por servirte, lo que pueda. Creo que podré proporcionarte un empleo descansado, aunque modesto, que te permita ayudar algo á Esteban...

GAB. Eso deseo... ¡Hágalo usted, Don Antolín!

D. ANT. No quedará por pereza mía... Hasta luego... Mariquita me reñirá de fijo por mi retraso. ¡Hasta luego!

ESCENA IV

DICHOS, CAMPANERO, ZAPATERO y TOMÁS

CAMP. ¡Buenas tardes!

ZAP. ¿Cómo va ese ánimo?

TOMÁS. ¡Salud, tío!

D. ANT. ¿Ya están ustedes en disposición de molestiar á Gabriel con sus discusiones? ¿No ven que está enfermo?

CAMP. ¿Y usted no vé que cuanto más discute más se cura?

ZAP. ¡Queremos aprender lo que él sabe! ¡Ser lo que él sea!

D. ANT. ¡Anarquistas!

TOMÁS. ¡Bueno!

D. ANT. ¡Librepensadores!

- CAMP. Antes era peor... No pensábamos. ¡Siempre valdrá más ser librepensadores que ad-
quines!
- TOMÁS. ¡A mí, mientras no me impida eso matar toros!

ESCENA V

DICHOS y DON LUIS foro derecha

- D. LUIS. ¿Llego tarde, señores?
- D. ANT. ¿Usted también, Don Luis?
- D. LUIS. También, amigo mío; soy de los que no dejan lo cierto por lo dudoso.
- D. ANT. ¡En este país se ha perdido la fe por completo!
- GAB. Gran verdad, Don Antolín... ¡No hay fe! Y hace falta una. ¡Todos la buscan ansiosos!... ¡Una fe con que sustituir la fe religiosa, que ha perecido anémica! El español, después de aquella fiebre católica militante que le arrastró á las puertas de la muerte, cayó en una indiferencia íntima... Aún por rutina se golpea el pecho... ¡Pero suena á hueco dentro! Sabe que irá al cielo ó al infierno porque se lo han dicho así en la edad en que se aprende fácilmente y sin discusión toda materia, pero se deja llevar por la corriente de la vida sin molestia ni esfuerzo por escoger un sitio ú otro. Es un devoto inconsciente... El que practica más la religión y el que menos piensa en ella... Ni cree ni duda. Acepta lo establecido por no preocuparse en derrumbarlo... viviendo en pleno sonambulismo intelectual. Si alguna vez el pensamiento, desvelándose, le sugiere una crítica, le ahoga al instante el miedo. La inquisición subsiste entre nosotros. No tememos á la hoguera, pero nos aterra el «qué dirán.» Y el que desentona, saliéndose de la general y monótona vulgaridad inerte, se atrae las iras sordas de la gran masa escandalizada, que le impone

su castigo. Si es pobre, se le somete á la prueba del hambre, cortándote los medios de vida. Si es indiferente, se le quema en efígie, creando en su derredor el vacío. Hay que ser correcto, acatar lo establecido, pasar entre todos por uno más, como si el número fuera la razón... De ahí que ligados unos á otros por la cobardía, no surja una idea original, no exista un pensamiento independiente, no se claree una conciencia libre... Hasta los sabios se guardan para sí las deducciones de sus estudios, sometiéndose en la vida ordinaria á los mismos usos y preocupaciones que los imbéciles.

D. ANT.

¡Gabrielillo! ¡Gabrielillo!

GAB.

Don Antolín... Mientras en este país tenga la gente miedo á decir lo que piensa, se escandalice ante una idea nueva y consulte para regir la suya con la opinión ajena... ¡Ríase usted de las revoluciones! ¡No haremos sino motines que no lograrán que el agua les llegue á ustedes al cuello!

D. ANT.

¿Pero estás loco? Me indignaba al principio creyéndote de los bárbaros que desean un pretexto para quitarnos lo poco que nos queda... Pero no es eso. Tú vas más allá... Con nada te conformas... Y eso más que irritarme, me hace gracia. No eres enemigo terrible porque tiras desde muy lejos... ¡Andas tan mal de la cabeza como del pecho! ¿Qué es lo que quieres? ¿Cómo se arregla el mundo para estar todos á gusto en él? Suéltanos tu secreto... ¡Venga el remedio!

GAB.

¡Mi remedio! ¡No tengo ninguno! Es la marcha de la humanidad la que lo ofrece. Todos los pueblos de la tierra han pasado por iguales evoluciones... Los más progresivos no llevan á los más retrasados otra ventaja que la del mayor camino recorrido en menor tiempo. ¡Primero fueron regidos por la espada..., después por la fe... y ahora por la ciencia!

D. ANT.

¡Bah! ¡La Ciencia! Conozco el estribillo. Es

el que entonan los enemigos todos de la religión.

GAB. ¡De las religiones!

D. ANT. ¡No hay mejor ciencia que amar á Dios!

GAB. ¡En sus obras!

D. ANT. En España...

GAB. No hemos salido de la fe y la espada... Cuando no nos ciega la una, nos arrea la otra. ¡De ciencia, ni una palabra! Aquí no hemos aún dejado de ser imbéciles veinticuatro horas!

CAMP. ¡Muy bien dicho!

D. ANT. ¿Qué sabes tú, animalucho? ¡A trabajar!

TOMÁS. ¡Dice perfectamente el Campanero!...

ZAP. ¡Claro que dice!...

D. ANT. ¡Largo, hato de gandules, ó doy cuenta al Cabildo de cómo ocupáis el tiempo en perder el alma!

D. LUIS. Don Antolín..., esa intolerancia ha perdido á ustedes retrasándolos del movimiento progresivo universal. Todo su poder se ha basado en la ignorancia de los pueblos. Mas inútilmente se cierran las ventanas..., el sol penetra por las rendijas.

D. ANT. ¡Don Luis! ¡Don Luis!

D. LUIS. No..., si yo no vengo aquí á discutir con el propagandista... No visito á Gabriel como discípulo sino como amigo... Ha corrido..., trae de fuera aires frescos que ensancha el pecho respirar... Encerrados entre estos pedruscos íbamos olvidando que vivíamos... La Catedral tiene algo de sepulcro. Yo me siento renacer en su palabra...

D. ANT. ¡Silencio! ¡Silencio!

D. LUIS. Yo no he entrevisto sino un rayo de sol..., pero eso basta para que me ahogue en la pesadumbre de esta eterna sombra... Fuí una breve temporada..., por indicación del Cardenal, á Madrid, á formar parte de un tribunal de oposiciones para organistas. Una noche, vestido con ropas de un violinista amigo, oí desde el Paraíso del Real *La Walkyria*, de Wagner. ¡Qué gran noche!

- D. ANT. Es usted un loco.
- D. LUIS. Sí..., eso dicen todos los de abajo cuando les hablo de estas cosas... ¿Qué entienden de música ellos? A mí me ocurren con ella cosas raras..., cierro los ojos oyendo..., y veo paisajes desconocidos..., caras extrañas... A veces el mar, azul, inmenso, con olas de plata... Y advierto á ustedes que yo de veras nunca he visto el mar. Otras veces..., bosques..., castillos..., pastores..., rebaños... Con Schubert..., sueño melancolías de enamorados...; con Offembach, contorsiones de polichinela... Mi obra favorita es la Novena sinfonía de Bhettoven... ¡Oh! ¡Aquel *Scherzo* tan gracioso! Me parece oyéndolo que Dios y su corte de Santos han salido del cielo á dar un paseo, dejando á los ángeles dueños de la casa. ¡Ámplia libertad que aprovecha la Celeste chiquillería, para saltar de nube en nube, deshojando sobre la tierra guirnaldas de flores olvidadas por las vírgenes! ¿Y el *adagio*? ¿Hay algo más dulce, más amoroso, de serenidad más divina? Hace pensar en esos hermosos techos pintados al fresco con figuras mitológicas... ¡Desnudeces palpitantes! ¡Carnes jugosas de curvas suaves y rosadas tintas!... ¡Algo así como un deseo de requiebros entre Apolo y Venus, acariciándose sobre un montón de nubes purpurinas á la luz de oro de un amanecer de primavera!
- GAB. ¡Capellán..., que se cae usted! Eso no es muy cristiano...
- D. LUIS. ¡Pero es artístico!
- D. ANT. ¡No es religioso!
- D. LUIS. ¡La música será la religión del porvenir, señor mío!, porque es la manifestación más pura del ideal. Todo lo que es hermoso me entusiasma... Creo en ello como en una obra de Dios...
- D. ANT. Basta... Basta... ¡A su obligación todos!... ¡Ya no llevo al chocolate!
- TOMÁS. (A Gabriel.) Hay que torear á ese estantigua. ¿Quiere usted ver cómo me abro de capa?

- GAB. (A Tomás.) ¡Tomás! Todo hombre merece respeto...
- ZAP. ¡Que nos dejen oírte al menos!
- CAMP. Eso... Sólo ha hablado el Maestro de Capilla... Aquí no estamos para músicas... ¡Lo práctico! ¡Lo práctico!
- ZAP. Lo práctico es que nos morimos de hambre..., en las tinieblas, como murciélagos; cuando en el mundo hay tanto que ver y gozar... Es forzoso arreglar eso, como dice Gabriel... ¡ó de otro modo! Pero muy aprisa... Uno se hace viejo... Ahora que sé que todo es de todos, siento ansia de mi parte...
- D. ANT. ¿Lo ves? ¿Lo ves, Gabrielillo? ¡Ese es el fruto de tus elucubraciones! No prospera buena simiente en campo mal abonado. Estos brutos se volverán perros rabiosos que habremos de arrojar de la Catedral á latigazos...
- TOMÁS. ¡A este Don Antolín hay que ponerle banderillas de fuego!
- D. ANT. ¡Cómo cantan las ranas! Id á digerir la sesión de hoy. No podréis... Es manjar fuerte... Os advierto que como Vara de Plata que soy, si esto se repite, daré cuenta al Cabildo...
- ZAP. Vámonos... Volveremos á la noche...
- CAMP. A la noche nó... (á Tomás y Zapatero.) Venid á mi escondrijo... Hablaremos los tres...
- TOMÁS. ¿Qué intentas?
- CAMP. Lo que deseáis como yo... ¡Vivir!
- ZAP. Salgamos...
- D. ANT. ¡Al fin! ¡Loado sea Dios! ¿¡Cómo estará mi chocolate!?
- D. LUIS. Gabriel... Hasta otra... Yo acompaño á usted, Don Antolín.
- D. ANT. ¡Gracias! Es lo mejor... Delante de usted no se atreverá á reñirme Mariquilla.

ESCENA VI

GABRIEL, luego TOMASA y SAGRARIO foro izquierda

- GAB. ¡Tal vez en parte tiene Don Antolín razón!... Antes de hacer hombres libres, convendría hacer hombres... Por bien que la bestia se dome siempre se corre el peligro de un zarpazo... ¿Pero hay algún bien que no haya nacido á costa de un mal? Importa regenerar la humanidad... Y al Tabor..., aunque sea por el camino del Gólgota!
- TOM. ¿Te dejaron solo ya? ¡Gabriel! (un poco bajo, misterioso).
- GAB. ¡Tomasa!
- TOM. ¡Ya está aquí!
- GAB. ¿¡Sagrario!?
- TOM. Sagrario. Temí que no te dejaban sólo antes de volver Esteban... Por fortuna se fueron... Aprovecha el tiempo..., la tengo encerrada ahí. ¿Quieres que la llame?
- GAB. ¡Sí! ¡Sí! ¡Tomasa!
- TOM. Pasa... Pasa, chiquilla (Entra Sagrario avergonzada.) Nada temas... Aún no volvió tu padre... Ese es tu tío Gabriel. ¡A él debes el regreso á tu hogar!
- SAGR. ¡Gracias! ¡Gracias, Señor!
- GAB. ¡Pobre Sagrario!
- TOM. ¿Qué mudada, verdad? ¡Como tú mismo! Estáis bien para poco...
- SAGR. Sufrí tanto...
- GAB. Niña desdichada... No te hice regresar por capricho, sino por mandato imperioso del deber... Esta es tu casa. La paloma vuelve al nido. Todo te espera como lo dejastes. ¡Un poco más frío por tu ausencia!
- SAGR. ¡Frío está también mi corazón, Gabriel!
- GAB. ¡Es doloroso que pague el confiado la falta del engañador! Mas tu delito fué amar y amar es ley ineludible de los seres todos. No se abre el tierno capullo rosa esplén-

dida sin el beso vivificante del rocío. ¿Es culpa de la flor si un miserable se entretiene en deshojarla? Confía y espera. La injusticia aumenta tu dolor... Yo le buscaré consuelo.

- TOM. ¡Es un alma grande, Sagrario!
GAB. ¡En un cuerpo muy endeble! (Un poco burlón.)
TOM. Sí... esmirriado estás... ¡Tales calaveradas habrás hecho! Pero Esteban va á venir.
SAGR. ¡Mi padre! (Con terror.)
GAB. ¿Por qué ese miedo?
TOM. ¿No es lógico?
GAB. Sí... lo es por desdicha..., por desdicha para mi hermano... ¡Un padre del que huyen sus hijos espantados! ¿Hay algo más digno de lástima?
TOM. ¡Sube!... ¡Creo que sube!
SAGR. ¿Dónde... dónde me oculto?... ¡Quisiera huir!
GAB. Huir no..., esperar sí... Aquí... Un momento no más...
SAGR. ¡Me arrojará de su lado!
GAB. Te abrirá sus brazos amantes. Entra... No temas.
TOM. Obedécele... ¡Es cosa rara! Toda la fuerza del mundo no convencería lo que una palabra mansa de un hombre tan enfermizo y poca cosa como éste... ¡Entra!
SAGR. Como ustedes dispongan... ¡Tener que esconderme de mi padre! ¡Merezco su ira! (mutis.)
TOM. ¡Infeliz! Es buenaza... Está arrepentida... Hicimos mal abandonándola. De haberla buscado su padre cuando la arrojó de su lado aquel tunante, menos dolores y vergüenzas hubiera sufrido.
GAB. ¡Y Esteban menos remordimientos!
TOM. ¿Y su salud? Yo creo, Gabriel, que está peor que tú... ¡Y eso que tú estás malo de veras! ¡Los hombres con su decantado honor! ¡Eso es una mentira! ¡Lo honrado es tener caridad! ¿Verdad, Gabriel? Compadecer á su semejante y no causarle mal alguno. Así se lo dije el otro día al sinver-

güenza de mi yerno, que se indignó porque me iba á Madrid en busca de Sagrario... ¡No hablaba él poco enfático de la honra de la familia..., de que si la muchacha regresaba no podrían vivir en la Catedral las personas decentes, y él no permitiría que su hija se asomase á la puerta de la casa! (Exaltada.) ¡Y el muy ladrón roba todas las noches la cera de las velas de la Virgen y estafa á las devotas, tomando dinero á cuenta de misas que no dice ningún cural ¿Sabes dónde esas misas van á parar? ¡A la taberna y al garito! Así le luce el pelo. ¡Decir que mi sobrina mancillaba la Iglesia y ultrajaba á Dios con su presencia aquí! ¡Mentira!... ¡Dios está mucho más alto!

GAB. Mucho más..., Tomasa.

TOM. ¿Conque damos la batalla? ¿Llamo á Esteban? Le oigo pasear por el Claustro alto.

GAB. Llámelo... ¿Se atreve usted á presenciara la lucha?

TOM. ¡No, Gabriel, eso no! Allá vosotros... Ya conoces á tu hermano..., y me conoces á mí... O me echaría á llorar ó acabaría arañándole... ¡Creo que eso sería lo más fácil... por testarudo! Tú solo te arreglarás mejor... Para eso te ha dado Dios ese talentazo... ¡Tan mal empleado! (Mutis foro.)

ESCENA VII

GABRIEL

Tarea grata... Hay que obligar al amor á triunfar del odio... ¡Menos que de eso!..., ¡del miedo al anatema de los murmuradores, que encuentran siempre manchas en la ropa de los demás, sin cuidarse de lavar jamás la suya!

ESCENA VIII

DICHO, ESTEBAN foro derecha

- ESTEB. (Alarmado.) ¿Me llamabas, Gabrielillo? • ¿Te ocurre algo? Me alarmó la tía Tomasa con el recadito. ¿Es que estás peor?
- GAB. Siéntate, Esteban.
- ESTEB. ¿Pero no has empeorado, verdad?
- GAB. Tranquilízate... Estoy mejor que nunca.
- ESTEB. Muy fatigado... Esa gentuza te hace discursar horas enteras. ¿Para qué? No te entienden. ¡Trabajo perdido!
- GAB. Tengo que hablarte.
- ESTEB. Te escucho. ¿Pero no pasa nada grave?
- GAB. Nada.
- ESTEB. Entonces, dí... Me tienes impaciente.
- GAB. Bien ves, hermano querido, que he respetado el misterio de tu vida.
- ESTEB. ¿¡Misterio!?
- GAB. Al llegar me digistes... «¡Mi hija ha muerto!»
- ESTEB. Ha muerto para mí. Yo te suplico que no hablemos de eso...
- GAB. Nunca hasta hoy lo hice.
- ESTEB. Y yo te lo agradezco. ¿Por qué hoy no continúas callando? ¡Es una vieja herida que aún sangra y al tocarla me haces daño!
- GAB. No es fácil entendernos si te aferras á preocupaciones rancias que rechaza el buen sentido... No amargues el gesto... Escúchame con calma... ¡Sé hombre!
- ESTEB. ¿Qué quieres decir?
- GAB. Que sigas el consejo de tus propios pensamientos..., que te dejes llevar de tus propios impulsos, que no te tortures y guíes por lo que oigas decir de tu mal á los que no le padecen. ¿Cómo ha de ser tu médico quien no conoce tu dolencia? Tú y yo tenemos diversas creencias; no hablo de las religiosas... Las tuyas te consuelan... Las mías no he de expresarlas... Harían impo-

sible mi vida á tu lado... ¡Aquí!... Un día, fatigado, busqué el reposo en la sombra..., pero amo siempre la luz. Me refiero á cosa menos indiscutible que la fe... Tú crees que la familia es una obra de Dios..., una institución de origen sobrenatural.

ESTEB.

¡Sin duda alguna!

GAB.

Yo creo que es una institución humana, basada en las necesidades de la especie. Tú crees que el matrimonio es un sacramento que da al marido primero y al padre después, derecho de vida ó muerte sobre su posesión absoluta y sagrada. Yo creo que es un pacto que une dos fuerzas para una lucha misma, la de la vida, realizando una misión natural: la procreación.

ESTEB.

No entiendo...

GAB.

Y al que falta á las leyes de la familia..., al desertor de su bandera, lo sentencias á muerte ú olvido... Yo, compadezco su debilidad, ¡y le perdono!

ESTEB.

¡No eres esposo á quien su mujer ha faltado!

GAB.

Soy hombre, que en el amor de la mujer fundó ilusiones y recogió desencantos.

ESTEB.

¡No eres padre cuya hija deshonoró tu nombre!

GAB.

Nadie tiene mi nombre sino yo mismo. Estará limpio en tanto que yo mismo no lo manche.

ESTEB.

Entendemos el honor de modo distinto.

GAB.

Tu honor es el honor teatral castellano... Aquel honor tradicional y bárbaro, más cruel y funesto que la deshonra misma. Un honor rimbombante, cuyos impulsos no arrancan nunca de los sentimientos, sino de las preocupaciones «¿qué dirán?» Esa es vuestra divisa. Y por el deseo de aparecer muy grandes y muy dignos á los ojos de los demás, cegáis la propia conciencia, convirtiéndoos en verdugos. Para la esposa adúltera, la muerte. ¡Glorificación pública del asesinato! Para la hija seducida, el desprecio..., el olvido..., la maldición. ¡Ese es vuestro Evangelio! Yo tengo

otro. Para la esposa que olvida su deber, la compasión y el alejamiento...; para el pedazo de nosotros mismos que fascinado por la pasión cae en la flaqueza y huye nuestro techo, el amor..., la dulzura..., hasta lograr que vuelva á nuestros brazos y seque el llanto que la arranquen sus errores, en el calor de nuestros besos, y olvide la desgracia á que la arrastró su imprudencia, recobrando la felicidad en el aumento de nuestro cariño.

ESTEB.

¡Gabriel! ¡Gabriel!

GAB.

¡Estamos muy separados, hermano mío! Un montón de siglos se alza entre nosotros... Pero me quieres y te quiero. Sabes que sólo deseo tu dicha, que llevo ese apellido que tanto estimas, que amé á nuestros padres con amor fervoroso y gratitud inmensa por la vida que me dieron y el desvelo con que me criaron... ¡Pues en nombre de todo eso te digo que esta situación ha de terminarse, no convirtiéndote en el trágico Otelo, maniqué pasional que la malicia de Yago maneja á su antojo, sino imitando á Cristo, que inflamado el corazón de amor y misericordia, abrió sus brazos y su cielo á la arrepentida Magdalena!

ESTEB.

¡Oh!... ¡Jesús!...

GAB.

¡Era ese! ¡El que perdonaba! ¡El grande! ¡El justo! ¡El humano! ¡El generoso! ¡El que murió en cruz en el calvario! ¡No ese otro que los nuevos mercaderes del templo han inventado; ruín, avaro, cruel, injusto, sobornable! ¡Aborrecible! ¡Engendro de las tinieblas, que para encadenar á la Humanidad, se envuelve en el misterio de la fe, poblando de fantasmas las conciencias!

ESTEB.

¡Hermano!... ¡Hermano!

GAB.

¡Tú tan bueno (muy dulce), que en el trance más difícil de mi vida me has recogido, desafiando furioses de sectarios, ¿cómo puedes dormir sin que te desvele el triste preguntar: ¿Tendrá mi hija techo bajo el que guarecerse? ¿Cómo puedes comer, sin que

te atragante la idea: ¿Tendrá mi hija pan que llevarse á la boca? ¿No es posible que desfallezca de hambre, mientras te hartas? ¿No es fácil que agonice en el Hospital, mientras reposas en la casa donde murieron tus padres?

ESTEB. ¡No te esfuerces, Gabriel! ¡No cederé jamás! ¡Todo es inútil! Las malas doctrinas han envenenado tu alma. ¡Ya no sólo has dejado de creer en Dios, sino que no crees en el honor tampoco!

GAB. ¿Y qué es eso? ¡Tú mismo no lo sabes! El honor... ¡Una palabra!

ESTEB. El honor es... el honor.

GAB. ¡Y los hijos son los hijos!... La paternidad es la más noble de las funciones animales, pero las bestias tienen más valor y más dignidad que los hombres para cumplirla. Ninguna abandona ó desconoce á sus cachorros... Y son muchos los hombres que vuelven la espalda á sus hijos, por temor á que las gentes digan pestes de su honor. ¡Un honor que mantiene los hospicios!

ESTEB. ¡Gabriel!

GAB. Si mi hijo faltara á todas esas conveniencias sociales que se llaman leyes y le condujera al patíbulo esa oficina de castigos que llamáis justicia, yo, desafiando la execración pública, le acompañaría gritando: ¡Soy su padre! Estamos unidos para siempre al sér que engendramos. Es nuestro yo que nos continúa. ¡El que niega sus obras y huye su responsabilidad, es un cobarde!

ESTEB. ¡No me convencerás! ¡No quiero convencerme!

GAB. (Levantándose solemne.) Pues bien... ¡Adiós!

ESTEB. ¿Qué dices?

GAB. ¡Que yo me voy si tu hija no viene!

ESTEB. ¡Eso no, hermano mío!

GAB. (Frio, resuelto.) Cada uno tiene su moral... Tu temes á la murmuración..., yo me temo á mí. Desde que soy tu huésped, pienso continuamente que soy un intruso que usurpa en tu casa el sitio que á tu hija corresponde.

- ESTEB. ¡Tu moral!... ¡Oh, tu moral!...
- GAB. Me la creé á mi gusto. Es menos aparatosa, pero más rígida que la que á tí te enseñaron los curas de memoria, sin explicarte su sentido. Decídete... Tu hija en tu casa, ó yo fuera de ella... ¡Los dos ó ninguno!
- ESTEB. ¿Estás loco? ¿Quieres dejarme? ¡Pero tu presencia aquí es la única alegría de mi vida! Me he acostumbrado á verte..., necesito cuidarte... Antes vivía sin aspiraciones. Ahora tengo la de mirarte de nuevo sano y fuerte. ¡No te irás! ¡Tras de la hija el hermano!... ¡Matadme de una vez! ¡Llévame, Señor, contigo! (Llorando.)
- GAB. ¿Y tu hija?
- ESTEB. ¡Esa!... ¿Pero, dónde está? ¿Lo sabemos siquiera? ¿La has visto tú? ¿La has hablado? ¿Volvió á Toledo? ¡Capaz es tu audacia de incrédulo de haberla traído á la misma Catedral!
- GAB. (Yendo á la puerta izquierda.) Sagrario... ¡He ahí tu padre al que ofendiste!... ¡Suplícale el perdón mostrando tu arrepentimiento!

ESCENA IX

DICHOS y SAGRARIO.

- SAGR. ¡Padre! ¡Padre mío! ¡Por la memoria de mi madre! ¡Perdón! (Cayendo ante él y abrazándose á sus rodillas.)
- ESTEB. ¡Ella! ¡Ella! ¡Infame!... ¡Oh! Hija..., mi hija... Gabriel... Pudistes más que yo... ¡Cúmplase tu deseo!
- GAB. ¡Entonces..., alzála de tus pies y recógela en tus brazos!
- SAGR. ¡Padre! ¡Padre mío
- ESTEB. ¡Hija! (Grito de padre é hija que se abrazan. Gabriel cae en el sillón, satisfecho.)
- GAB. ¡Ahora te alzan de veras, Señor! ¿Por qué no suenan las campanas?

TELÓN



ACTO TERCERO

La misma decoración. La máquina de coser que en los actos anteriores habrá estado enfundada, está ahora sin funda, y trabajando en ella aparece SAGRARIO. Tomasa entra por el Claustro.

ESCENA PRIMERA

SAGRARIO, TOMASA foro derecha

- TOM. ¿Tan de mañanita repiqueteando? ¡Tu quieres matarte! Aún no tocaron á misa de alba y ya estás amarrada á la máquina, sin que dejes el trabajo hasta la noche... Eso es todos los días desde que vinistes... Parece que á fuerza de laboriosa quieres hacernos olvidar tu pasado...
- SAGR. Quiero pasar inadvertida, únicamente.
- TOM. ¿Y tu padre?
- SAGR. Salió...
- TOM. ¿Tan temprano?
- SAGR. Huye la casa... Pasa por ella como una sombra... Permanece en la Sacristía ó en los Claustros cuanto puede... ¡No quiere verme!
- TOM. ¡Niñal
- SAGR. ¡No quierel ¡Y yo le amo... le venero tantol Pero el recuerdo de mi falta le aleja de mí... Hasta sus miradas me niega...
- TOM. ¡Es testarudo de veras! ¿No perdonó? ¿A qué ahora ese perpetuo gesto de vinagre? No cura nada tal desvío... Es irremediable el mal causado... Más vale olvidar... Gabriel se lo dice: «Vas á matar á la chica.»

- «Lo que haces no es digno de un cristiano.»
¡Y no lo es!
- SAGR. ¡Tía!
- TOM. En realidad, hija, ha sido mucho menor de lo que esperábamos el escándalo producido en las Claverías por tu regreso. Las mujeres, viéndote tan afeada y enfermucha no han sentido animosidad contra tí... Las lenguas no han ejercido de tijeras... ¡Y ellas que lo hubieran hecho! ¡Se las arranco! Te tenían envidia allá en tus tiempos de hermosura y noviazgo del cadete..., pero ahora...
- SAGR. Cierto... Nada tengo ahora que envidiar...
- TOM. ¡Pobrecilla!... ¿Y tu tío?
- SAGR. ¿¡Gabriel!?
- TOM. Es mucho que no salió ya á hacerte compañía. Como no le deja dormir la tos, madrugada que es un gusto.
- SAGR. El sólo endulza con sus palabras consoladoras mi tristeza incurable... Es bueno... Y también sufre mucho...
- TOM. Sí... También la corrió bien...
- SAGR. Tía...
- TOM. Allá en París... En Inglaterra... ¡Qué se yo! Tuvo una amante...
- SAGR. Lucy.
- TOM. ¿Te ha hablado de ella?
- SAGR. Como de una compañera...
- TOM. ¡Bah! ¡Bah! ¡Un pingajol Se murió tísica... Era también de las de la cáscara amarga... ¡Anarquista... una mujer! ¡Figúrate lo que sería ella!...
- SAGR. Gabriel dice que era buena..., humilde..., generosa...
- TOM. No te fíes... Siempre se adula á los muertos. ¡Ya no estorban!
- SAGR. Gabriel la amó... Debió ser digna de ello.
(Pausa.)
- TOM. Al pasar, oí en casa del Zapatero, gritos..., sollozos... No quise entrar, pero se me figura que ha ocurrido allí alguna desgracia...
- SAGR. El niño...

- TOM. Sí..., el pequeñín... Ayer estaba muy malito...
- SAGR. ¡Infeliz criatura!
- TOM. Ya se vé... No ha podido cuidársele... Necesitaba cosas que sólo pueden adquirir los ricos... Alimentos nutritivos..., cambio de clima..., aire de campo..., paseos en carruaje. ¡Hecha tú! Esas enfermedades sólo debía Dios dárselas á los príncipes... La miseria las hace incurables..., y desespera ver morir á esos pobres ángeles por carecer de lo que hasta los perros desprecian en las casas de los poderosos... Algunas veces creo que Gabriel tiene razón... ¡Que hay que remendar esto á toda prisa, si no quieren los privilegiados que se le vaya al pueblo la paciencia por los descosidos!
- SAGR. Gabriel tiene razón siempre y en todo.
- TOM. Defiéndele tú... Es justo. Ha revuelto la casa. Abajo ya no hay sumisión ni respeto... Se refunfuña mucho y se trajaba poco... Cierto que para lo que se gana...
- SAGR. Ya ve usted..., el Zapatero... ¡Para ver morir á su hijo de miseria!
- TOM. Eso es... El médico lo llama *escrófula*..., pero es lo mismo... ¡Hambre!

ESCENA II

DICHAS, GABRIEL foro derecha

- GAB. Buenos días.
- SAGR. ¡Gabriell
- TOM. ¿Qué tal la noche?
- GAB. Como todas... Estos dolores crueles... ¿Y tú, Sagrário?
- SAGR. No mejor... La tos desgarrá mi pecho... Siento punzadas horribles en el corazón... Esto acabará pronto.
- TOM. Como lo del chiquitín del Zapatero.
- GAB. ¡Desdichado padre!
- TOM. Sí... Pobre Mariano... Me parece que el ángel voló al cielo. ¿Es triste, verdad?

GAB. Triste para todos. Un niño que muere es una esperanza que huye...

ESCENA III

DICHOS, DON LUIS y DON ANTOLÍN

- D. ANT. Es insufrible... Lo diré á su Eminencia... El diablo anda suelto por la Catedral.
- D. LUIS. ¡Gabriell!... A usted acusan de diablo.
- GAB. ¿A mí?
- D. ANT. A usted, que ha trastornado todas esas cabezas...
- GAB. Predico la verdad.
- D. ANT. ¡Oh! ¡El apóstoll!
- D. LUIS. Un apóstol enfermo, en cuyo redor se agrupa una comunidad ansiosa de sus palabras. Tiene el prestigio del martirio para avivar nuestro fervor.
- D. ANT. ¡Usted se ha vueito loco! ¡Musiquillo! Yo he sido demasiado bueno consintiendo esas conferencias que convierten la Catedral en un Club jacobinista... ¡Ayúdame, Gabrielillo! ¡Por amor de Dios, hijo! Si tu no pones orden, esto acabará mal... Se me burlan... Hasta insultan á mi Mariquilla... Un día echaré á la calle á la mitad de la gente de las Claverías. Tengo facultades de su Eminencia para todo... Y yo no te quiero mal... Procuero servirte... Tengo ya arreglado lo del empleillo para tí...
- GAB. ¿De veras?
- D. ANT. Sí... Serás vigilante nocturno de la Catedral... Puesto que tus dolencias no te dejan dormir, no te pesará mucho el trabajo... El sueldo es poca cosa..., 30 pesetillas al mes..., pero como tu apenas comes..., podrás ayudar á tu hermano. La Iglesia es pobre.
- GAB. Es bastante rica para mí... Me hace útil á los míos... Ese sólo es mi deseo.
- D. ANT. Pero cesa en tu tarea demoledora... Has introducido la perturbación aquí donde era todo calma y respeto.
- GAB. No es culpa mía..., Don Antolín... Vine

buscando refugio..., olvido.. , soledad..., y el espíritu de rebelión me ha seguido hasta este escondrijo. Recuerdo mis propósitos... Quería ser una piedra más de esos claustros silenciosos, no pensar, no sentir, pasar el resto de mi vida agarrado á esta ruína como el muérdago á la tapia... ¡Imposible! Algo del mundo exterior vino conmigo y se revuelve airado contra esa vergonzosa abdicación del sér humano, que aquí se practica en nombre de una religión huera, atiborrada de sofismas que á todos domina, sin que nadie en realidad crea en ella.

D. ANT.

¿¡No!?

GAB.

¡No! ¡Ni usted mismo!

D. ANT.

¿¡Qué yo no creo, Gabriel!?

¿¡Que yo no creo!?

GAB.

Si creyese no practicaría la usura. Mariquilla y sus préstamos á los infelices obreros del Claustro, no le indicarían siervo de la lujuria y la avaricia... No haría comercio de la exhibición de las grandezas y curiosidades de la casa del Señor... No escatimaría á los otros el pan, mientras rellena su bolsillo.

D. ANT.

¡Dí ya que soy un hipócrita!

GAB.

No digo si no que es usted uno de tantos, que pretenden hacer leyes para los demás, de sus conveniencias propias.

D. LUIS.

¡Un rutinario y un egoísta!

GAB.

El interés hace oficio de fe y se disfraza de beatitud... ¡Todo eso se hunde solo!

D. ANT.

¡En la España secular, no! Pese á todas las novísimas teorías revolucionarias que derriban en otros países las tradiciones seculares, España es y será siempre Católica y Monárquica.

GAB.

Sin monárquicos ni católicos.

D. ANT.

¡Gabriel!

GAB.

Los que viven á la sombra de esos ideales son los únicos que los aclaman en público... En secreto... todos están en el secreto... Su fervoroso entusiasmo no arranca del corazón, sino del estómago.

D. ANT. ¡Pero tú acabarás por conspirar contra el rey y por negar á Dios!

GAB. Yo no conspiro... ¡Compadezco! Los reyes... ¡Miseros esclavos de sus coronas! ¡Dios! ¡En Dios si creo!

TOM. ¡Gracias á Dios! ¡Algo es algo!

GAB. Pero Dios nada tiene que ver con las religiones que han tomado su nombre por pretexto para explotar los pueblos como rebaños.

D. ANT. El cristianismo...

GAB. Fué obra de libertad y redención.

D. ANT. ¿Confiesas?...

GAB. Que lo fué... No que hoy lo sea... Por el contrario, de la más generosa de las ideas se ha hecho el más tirano de los poderes. A Cristo pudo crucificársele. ¿Quién se atrevería hoy á citar á juicio verbal á un fraile siquiera? En el mundo laico quedan cesantes los funcionarios públicos, se separa á los ministros, se degrada á los militares, hasta se destrona á los reyes. ¡Los obispos sólo son intangibles! ¡Y si usan cogulla bajo la mitra, pueden sin riesgo vender la patria misma en que nacieron ó aventar secretos del Estado que espléndidamente los mantiene! Hasta el Gran Turco es responsable de sus actos, en cierto modo, por el miedo á las revoluciones del Serrallo. Aquí... en el Serrallo de la Iglesia, todos son menos que hembras. ¡Y hay del cora que bajo la sotana se sienta hombre! Antes, como Savonarola, iba á la hoguera..., hoy va á la picota del escándalo público..., á la miseria afrentosa... ¡Al manicomio y al sepulcro!

D. ANT. ¡Horror! ¡Horror!

D. LUIS. ¡Hay mucha verdad en eso!

TOM. ¡Don Luis! ¿Usted también?

D. LUIS. ¿Acaso no siento el mal que me agobia? Llegué á la Iglesia lleno de ilusiones. ¡Cuántos desengaños he recogido! Pesamos sobre el país como una plaga que le arruina, y en realidad somos mendigos pomposa-

mente disfrazados. Entre unos y otros conceptos, España paga más de 300 millones de catolicismo anual. ¡Doble que el ejército! ¡Y yo antes de ser Maestro de Capilla, tenía siete duros al mes por toda paga! La mayoría de los vicarios de España cobran menos que los guardas de consumos. ¿A dónde va el dinero? A la aristocracia de la Iglesia. ¡A la verdadera casta sacerdotal! ¡Qué engaño, Gabriel! Renunciar al amor, á la familia, al placer, á la vida. Ser mirado como bicho extraño, especie intermedia entre la hembra y el macho. Arrastrar faldas... Ir vestido en todo tiempo como un fantasma lúgubre... ¡Y á cambio de tantos sacrificios ganar menos que los que pican piedra en las carreteras!

GAB. Aquéllos hacen obra de humanidad... ¡Ustedes son inútiles!

D. ANT. ¡Inútiles!! ¡No puedo escuchar eso! ¿Acaso la Iglesia ha muerto ya también?

GAB. ¡También! El vulgo cree que no, porque la ve todavía. Ignora que una religión tiene en su vida los siglos por minutos y pasan generaciones enteras entre su defunción y su entierro. Asistimos á la caída de todo un mundo de creencias é instituciones. ¿Cuánto durará la agonía de lo que muere? Lo que tarde en cristalizar en la humanidad una nueva manifestación de su incertidumbre ante el gran misterio de la Naturaleza.

D. LUIS. Vivimos de los restos de un poder que supo tomar todas las avenidas por donde discurre la vida humana. Por eso parece fuerte todavía. Es imposible moverse sin tropezar con él... Nada escapa á su despotismo y espionaje... Bautiza al niño..., le educa amoldándole á sus prácticas..., le casa cuando hombre..., le entierra al fin, interviene en su traje, declarando cuál es el porte honesto y las galas escandalosas, gobierna su cocina señalándole los días que ha de comer un manjar y los que ha

de sustituirle por otro, convirtiéndolo en sacrilegio el uso de la carne cuando le manda pescado y el del pescado cuando le tolera la carne. Ni muerto lo abandona... Lo conserva colgado por el alma, haciéndola peregrinar por el espacio, ascendiéndola al cielo ó hundiéndola en el infierno, ó abandonándola en el purgatorio, según los cuartejos que la familia abone por el pasaje.

D. ANT.

¡Don Luis! ¡Huya usted..., huya usted de la Catedral! ¡Se nos ha vuelto usted hereje! El mejor día, en plena gran función religiosa, se nos pone usted á tocar en el órgano *la Marsellesa!*

ESCENA IV

DICHOS, ZAPATERO, TOMÁS y CAMPANERO foro derecha

- ZAP. ¡Déjadme! ¡Déjadme!
TOM. ¿Qué es eso?
SAGR. Mariano, el Zapatero... ¡Viene furioso!
ZAP. (Entrando.) ¡Digo que me dejéis!
GAB. Mariano... ¿Qué te ocurre?
ZAP. ¡Mi hijo ha muerto! ¡Ha muerto! Su madre lo tenía sobre las rodillas. ¡Yo trabajaba! De pronto me grita: ¡Mira... Mira el chico! Tenía el infeliz la cara ennegrecida..., como si lo cubriese un velo... Abrió la boquita..., enteló los ojos..., y dobló el cuello. ¡Nada más!
CAMP. ¡Y ha muerto de hambre! ¿Verdad, Gabriel, que ha sido de hambre?
TOM. ¡Habiendo abajo tanto oro..., pedrería..., joyas y galas que valen tesoros inmensos! ¡Ladrones! ¡Ladrones!
CAMP. ¡Dejar morir de hambre á un niño! ¿Es eso caridad?
TOM. ¡No hay justicia en el mundo! ¡Esto se ha de arreglar!... ¡Que no vistan los tíos esos del coro de sedas y púrpuras, pero que haya pan para todos!
ZAP. ¡Mi hijo! ¡Mi pobre hijo!

- TOM. ¡Y el Vara de Plata tiene la culpa!
- D. ANT. ¿¡Yo!?
- CAMP. ¡Sí, usted! Exprime nuestra miseria con sus trampas de usurero.
- ZAP. ¡No ha dado un céntimo para mi niño!
- CAMP. ¿Qué ha de dar ese?
- D. ANT. No te he recordado tampoco las dos pesetas que me debes.
- TOM. ¡Echa capital! ¿Cómo había de darte nada si lo necesita todo para engalanar á la mala pécora de su sobrina!
- D. ANT. ¡Silencio! ¿¡Quién insulta á Mariquilla!? Daré parte á su Eminencia.
- CAMP. ¡Ella se daría entera al diablo por unos calzones!
- TOM. ¡Es un pendón! ¡Sí, Señor! ¡Yo lo digo! Sólo piensa en emperregilarse para que la vean los cadetes. ¡Pero ni agua!
- CAMP. Aunque se componga la mona... ¡Esa tía fea se adorna con la sangre que su tío chupa á los pobres! ¡El vejestorio!
- TOM. ¡Bah! (Canta.)
«Las amas de los curas
y los laureles
como nunca dan fruto
siempre están verdes.»
- D. ANT. ¡Basta! ¡Basta! ¡Os arrojaré á todos de la Catedral! ¡A todos! (Mutis foro izquierda.)
- TOMÁS. ¡Cuidadito! ¡Que no apriete demasiado..., porque me ejercito en el volapié con esas res mansa!
- D. LUIS. ¡Prudencia! ¡Prudencia! Don Antolín dará cuenta al Cardenal...
- GAB. Cesemos de reunirnos... No quiero comprometer á mi hermano Esteban...
- CAMP. Yo salvaré ese riesgo.
- TOMÁS. ¿Tú?
- CAMP. Desde esta noche misma nos reuniremos en la torre... Allí soy el amo yo... ¡Que se atreva á venir Don Antolín á sorprendernos! ¡Lo arrojo por el hueco de la escalera!
- TOM. ¿Al Vara de Plata?
- CAMP. ¡Y al mismísimo Cardenal Arzobispo de Toledo!

- TOM. ¡Gabriell!... No les trastornes más la cabeza con tus sermones... Mira que estos son muy brutos... Cuando se ha sido ignorante toda la vida es peligroso quererse convertir de golpe en sabio... Es como si á mí, acostumbrada al pucherete casero me llevasen hoy á la mesa del Cardenal... Me atracaría... Bebería fuerte...
- TOMÁS. ¡Y anda el cólico que la aguardaba á la noche!
- TOM. ¡Capaz de hacerme estirar la patal!
- ZAP. ¡Mi pobre pequeño!
- TOM. Allá voy yo... A consolar á tu mujer... ¿Tenéis para el entierro? ¡Angelito! Buscaré algo... Tengo tres ó cuatro reales en el bolso... Pediré lo preciso. Yo fui una vez al Palacio... No pude ver al Cardenal, pero ordenó que me entregasen dos pesetas...
- ZAP. Con ellas se le compró la última medicina... ¡Eso le ha muerto!
- D. LUIS. Yo ayudaré á usted, señora Tomasa... Pediré también, haré una colecta entre los Canónigos. Venga usted... Venga usted... ¡Gabriell!... ¡Compañeros!... ¡Hasta la noche! (Vase con Tomasa foro izquierda.)

ESCENA V

SAGRARIO, GABRIEL, ZAPATERO, TOMÁS y CAMPANERO

- CAMP. ¿Y tú, Sagrario, siempre dándole á la máquina?
- ZAP. Haces mal. Acabarás de matarte. ¿Y para qué? Ya ves lo que me ocurre á mí... ¡Ver morir de hambre á mis hijos!
- CAMP. ¡El trabajo es un castigo de Dios! Ya sabéis su origen. ¡Fué la pena eterna que el señor impuso á nuestros primeros padres al arrojarlos del paraíso. ¡Es una cadena que arrastraremos siempre!
- ZAP. ¿¡Un castigo!?! No es sino la mayor de las virtudes! Lo he leído en los periódicos... La

cciosidad es madre del vicio y el pecado. ¿No es verdad que es una virtud, Gabriel? ¿No es cierto, Gabriel, que es un castigo? Ni castigo ni virtud. Es una ley dura á que estamos sometidos los desheredados de la fortuna para la conservación personal y de la especie. Sin el trabajo no existiría la vida... Es un combate de cada veinticuatro horas, con las fuerzas ciegas de la Naturaleza, para vencerla y obligarla á sustentar á los humanos. El ejército del trabajo se extiende por todo el globo. Araña los continentes, salta á las islas, surca el mar, desciende á las entrañas del suelo. ¿Cuántos son sus soldados? Millones de millones. Al romper el día nadie falta á la lista. Las bajas que la miseria y la desgracia causan se cubren inmediatamente. Apenas sale el sol, sopla su humo la chimenea de la fábrica, el martillo rompe la piedra, la lima muerde el metal, rasga el arado la tierra, se enciende el horno, mueve su pistón la bomba, suena el hacha en el bosque, corre la locomotora entre chorros de vapor, chirría la grúa en el puerto, corta el navío las espumas y tiembla sobre su estela de plata el barquichuelo pescador arrastrando las redes. Nadie falta á la lista. Acuden impulsados por el miedo al hambre, desafiando el peligro, no sabiendo si aquel día de labor será el último de su vida. Y esos millones de millones de hombres que sostienen la existencia de la sociedad, que combaten por ella, que en su continuo sacrificio ven la única misión de su existencia, forman la inmensa familia de los asalariados, mantenida de las sobras de una minoría privilegiada, á un tipo remunerador de su esfuerzo tan bajo y miserable que les roba toda esperanza de ahorro y emancipación.

CAMP.

GAB.

CAMP.

GAB.

¡Eso es! ¡Eso es! ¡No saldremos de pobres nunca, trabajando siempre!

No saldréis. ¡Los ricos! Ésa minoría egoísta

ha falseado la verdad, queriendo persuadir á los explotados de que el trabajo es una virtud. ¡Moral de los grandes capitalistas que no trabajan! Si la ociosidad fuese, en efecto, un vicio de los pobres, ¿por qué aparece entre los ricos como signo de distinción y hasta de devoción de espíritu? Si es el trabajo la mayor de las virtudes, ¿por qué se afanan en amontonar riquezas para librarse y librar á sus descendientes de ser virtuosos? ¿Por qué esa sociedad que ensalza el trabajo con los conceptos más poéticos, relega al obrero á la última fila? ¡Se acoge con entusiasmo al soldado que peleó en unas cuantas batallas destruyendo hermanos suyos y con desprecio al labrador que de continuo escarba en la tierra el fruto que los engorda! ¡Es preciso ser estúpido para entender sano ese criterio!

CAMP.

¡Nos engañan!

ZAP.

¡Nos asesinan!

TOMÁS.

¡Nos torear!

GAB.

¿No veis vosotros la desigualdad monstruosa entre los que allá abajo cantan en el coro y los que prestáis al culto el esfuerzo de vuestros brazos? ¡Pues cantar será más bello, pero es más inútil que hacer zapatos!

CAMP.

¡Y mientras engordan á reventar, languidecemos de miseria!

ZAP.

¡Y mi pequeñín se muere de hambre!

GAB.

Crean que estáis aún en la época en que los pueblos sucumbían dichosos con la esperanza de ganar el cielo, y levantaban catedrales sin más recompensa positiva que el caldero del rancho y la bendición del obispo... Mientras engañáis el estómago y el de vuestras mujeres é hijos con bazofia insalubre, abajo ostentan alhajas y vestiduras riquísimas, imágenes de palo, sin que se os ocurra preguntar por qué el ídolo que no siente necesidades ha de ser rico y el devoto que las padece, ha de perecer en la miseria.

CAMP.

¡Es verdad!

ZAP. ¡Es verdad!
TOMÁS. ¡Esto ha de acabarse!
CAMP. Lo pensaremos... arriba... en la torre...
TOMÁS. Sólo que... el remedio...
GAB. Está en la ciencia... Por eso llegará tarde á este pueblo infeliz donde la ignorancia se ve convertida en gloria nacional... En otros países salen de las Universidades los reformistas..., los combatientes del progreso... Aquí sólo producen un proletariado de levita, que asalta los puestos públicos ansioso de vivir sin preocuparse de mejorar. Los centros docentes se llenan de niños. En los Institutos sólo se ven pantalones cortos. La nodriza acabará por sentarse al lado del catedrático. El español se licencia ó doctora antes de afeitarse por primera vez. Y esos chiquillos que reciben título de sabios á la edad en que en otros países se juega al trompo, son los intelectuales que han de dirigirnos y salvarnos... Los legisladores y gobernantes de mañana. ¡Haría eso reír si en ello no estuviese interesado todo el problema de la vida de la patria!

ESCENA VI

DICHOS y ESTEBAN foro derecha

ESTEB. ¡Otra vez perorando!
GAB. ¡Esteban!
SAGR. ¡Mi padre!
ESTEB. Lograréis que de veras me enfade... No conviene eso á tu salud, hermano. Idos vosotros... Le admiráis sin entenderle..., y le consumís sin aprovecharle... ¡Fuera! Mandas en tu casa.
CAMP. ¡Esta noche á la torre!
ZAP. Solos... ¿Para qué ya Gabriel? Habla mucho... Y no es hora ya de hablar sino de hacer...
CAMP. ¡Es el momento... Han tocado á matar!

ESTEB. ¿Os marcharéis al fin?
CAMP. Sí... Vámonos... ¡Hasta la noche! (Mutis.)

ESCENA VII

GABRIEL, SAGRARIO y ESTEBAN

ESTEB. El Vara de Plata está furioso... Guárdate, Gabrielillo... Es mal vicho ese avaro.

GAB. Vino á ofrecirme no obstante un empleo.

ESTEB. ¿En la Catedral?

GAB. Sí... Seré vigilante nocturno.

ESTEB. ¿Tú guardando esta casa? ¿Por qué aceptastes?

GAB. Quiero no serte gravoso...

ESTEB. ¡Me ofendes! ¿Te pido algo? Sólo verte bueno deseo, mi cariño.

GAB. No puedo agradécertelo... Me lo concedes robándoselo á tu hija.

ESTEB. ¡Gabriel!

GAB. Mírala... Siempre triste..., enferma. ¿No te compadece ver cómo el mundo te la ha devuelto al hogar?

ESTEB. ¿Por qué se fué?

SAGR. ¡Padre!

ESTEB. Paga las consecuencias de su falta... La deshonra se venga con la muerte... No se la dí yo... es Dios quien se encarga de suplir mi debilidad para con ella.

GAB. ¡Blasfemas! Aún hay luz en sus ojos y encanto en su sonrisa... Tal vez el amor lograra retoñar la primavera. ¿Por qué la rehuyes?

ESTEB. La perdoné.

GAB. Tu perdón es una crueldad más con que la maltratas.

ESTEB. No hablemos de ello... Yo quisiera olvidar.

SAGR. ¡Padre mío!

ESTEB. ¡No puedo!

GAB. ¡Véncete á tí mismo! Rechaza el juicio necio de los demás! ¡Es tu hijal... Trozo tuyo engendrado en éxtasis delicioso de pasión ardorosa... Piensa, Esteban, en los hermosos días que alegró tu corazón con sus

risas infantiles. Piensa en los momentos felices que pasaste haciéndola saltar sobre tus rodillas y cubriendo su rostro angelical de besos y caricias!...

ESTEB.

¡Gabriel!

GAB.

Abrela tus brazos con sinceridad, conocerás el placer infinito de la caridad verdadera. ¡Porque es ante todo obra de caridad dar amor al desdichado!

ESTEB.

¡Hija!... ¡Oh! ¡No puedo! ¡Si no puedo! ¡Acumulé tanto odio en mi alma que si me empeñase en quererla, sólo lograría aborrecerme á mí mismo! (Mutis.)

ESCENA VIII

GABRIEL y SAGRARIO

SAGR.

¡Nunca! ¡No cederá nunca! ¡Sólo mi muerte templará su cólera! ¡Qué venga pronto pido únicamente á Dios!

GAB.

¡Dios!

SAGR.

¿Tú crees en él? ¿Verdad que crees? Lo digistes antes y lo escuché con hondo regocijo. ¡Dios existe!

GAB.

Existe.

SAGR.

¡Gracias! Si lo hubieras negado dudaría... ¡Y es la última esperanza que me queda!

GAB.

Existe... No como aquí le suponen..., no donde aquí lo imaginan... Dios somos nosotros y todo cuanto nos rodea. Es la vida con todas sus asombrosas transformaciones, siempre muriendo en apariencia y renovándose sin cesar. Es esa inmensidad que nos espanta con su grandeza y no cabe en nuestro pensamiento. He sufrido mucho sin dudar de él jamás. Y no hay amargura en la tierra que yo no haya paladeado. Tuve hambre muchas veces. Sufrí martirios horribles en las mazmorras donde me encarceló la sospecha inicua de los tiranos; días de desesperación en las calles, perseguido y acorralado. Aún me era tolerable la pobreza cuando marchaba solo, al través

del egoísmo feroz de la civilización... Los tiempos peores fueron los que hube de compartir mi miseria vagabunda con Lucy..., ¡mi dulce y melancólica compañera! ¡Lucy!

SAGR.
GAB.

La hubieras amado si la hubieses conocido... Era la mujer valerosa unida á mí por la comunidad de pensamientos más que por la atracción de la carne. No sé si fué amor lo que sentimos. Lucy era algo mío, como yo era algo suyo. La conmiseración por las miserias humanas, el odio á la desigualdad y la injusticia, la abnegación por los humildes y los desgraciados, eran iguales en los dos. No nos unía sólo el corazón. ¡Nuestros cerebros se besaban!

SAGR.
GAB.

¿Era hermosa?

Era fea... Con una fealdad dulce y triste. ¡Lo único hermoso de su cara eran los ojos..., ventanas del llanto!

SAGR.
GAB.

¡No era bella... y fué amada!

Era como sois todas las mujeres nacidas abajo... Vuestra hermosura dura un momento. Únicamente se sostiene en pleno estallido de la juventud. La hembra del pobre no puede ser hermosa si no huye de su clase. El hambre y el trabajo marchitan su belleza. La labor diaria os roba fuerza y frescura. La maternidad, en plena miseria, os absorbe y debilita. Yo amé á Lucy por eso... Porque estaba consumida y agotada. Porque era la virgen obrera con toda su melancólica decadencia, nacida hermosa y afeada por la barbarie de la explotación del capital, que regala espléndido al vicio lo que arranca feroz al trabajo. ¡Murió! ¡No sé siquiera dónde la enterraron! Cayó en la fosa común como esos soldados cuyo heroísmo queda oculto en el anónimo. ¡Pero yo la veo todavía! Va siempre conmigo. ¡Y ahora parece resurge en tí, Sagrario desdichada!

SAGR.

Tío... Yo... Yo no puedo hacer lo que ella... Me faltan valor y voluntad...

GAB. Llámame Gabriel... Como antes... Tu eres mi antigua Lucy, que de nuevo aparece en mi camino... Sábelo de una vez... ¡Te amo como á ella!

SAGR. ¡Oh! (Separándose un poco.)

GAB. No te alejes... No me temas... Ni yo soy ya un hombre, ni tú eres ya una mujer. Has sufrido mucho. Has dicho «Adiós» á las alegrías de la tierra..., eres fuerte por el dolor y puedes mirar á la verdad cara á cara. Somos dos náufragos de la vida. La muerte se incuba en nuestras entrañas. Somos dos harapos caídos é informes que han pasado por los engranajes de una sociedad absurda. Por eso te quiero. Por que eres igual á mí en la desdicha. La pobre Lucy era la obrera aniquilada por la explotación, tu eres la hija del pueblo atraída fuera del hogar por el encanto del bienestar de los privilegiados. Seducida no por el amor sino por el capricho de los felices. La doncella llevada en sacrificio de Minotauro y arrojada por el hastío al estercolero. ¡Te amo, Sagrario! Somos dos agonizantes que deben hacer juntos la última jornada. Alegremos nuestra existencia con el amor antes de morir. ¡Pidamos rosas para nuestro sepulcro como la pobre Lucy!

SAGR. Gabriel... Gabriel... Me avergüenza tanta dicha... Sí, quiéreme, Gabriel, como yo te quiero. No lo merezco..., lo sé... Hubiera querido guardar siempre este último secreto de mi corazón. Pero has leído en él claramente... Mira como tiemblo... Es la impresión que aún no ha pasado. ¡Un hombre como tú descender hasta una mujer como yo!

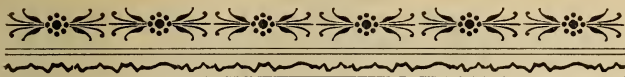
GAB. ¡Sagrario mía!

SAGR. Tuya... sólo tuya... No me hables del otro.... Le olvidé hace mucho tiempo. ¿Cómo voy á pensar en él ahora que me haces la limosna de tu cariño? No... Tú eres el más grande y el más bueno de los hombres. ¡Me pareces un Dios!

- GAB. Ni Dios, ni hombre... ¡Una sombra que se ampara en otra sombra!
- SAGR. ¡Qué tarde te conozco! Hubiera querido amarte en plena juventud... Ser hermosa, sana y fuerte sólo para tí. Mi gratitud nada puede ofrecerte. ¿Por qué te fijaste en mí, Gabriel?
- GAB. Porque soy un enfermo como tú... Nunca amé como los otros. He visto en mis viajes, mujeres, las mujeres más bellas del mundo, sin sentir el más leve escalofrío de deseo. Mi pasión única es la lástima por los desheredados. ¡Te amo porque eres una desterrada de la vida y no quiero que caigas en la noche eterna sin que un rayo del sol Poniente alumbre el ocaso de tu existencia!
- SAGR. ¡Oh qué alma tan hermosa!
- GAB. Igual á la tuya. Serás mi compañera... Nos amaremos arrullándonos con dulces palabras y arrobamientos estremecedores sin osar el menor contacto de la carne. Sería odioso. Yo apenas logro sostener mi vida y no puedo darla á otro sér. Tú llevas en la sangre el veneno de una civilización corrompida. Nuestro hijo sería un misero engendro de huesos cariados y carnes emponzoñadas... No aumentemos con tales monstruos la miseria física de los de abajo. ¡Dejemos á los de arriba fomentar su decadencia con los vástagos de sus vicios!
- SAGR. Seremos dos almas..., dos pensamientos que se acariciarán sin dejar rastro de su pasión.
- GAB. ¡Dos suspiros que se besan en el aire!
- SAGR. ¡Gabriel! ¡Gabriel!
- GAB. ¡Sobre nuestra negación de parias surja la primavera! No dará frutos, pero tendrá flores. El sol sale para los que están en lo alto..., para nosotros está lejos, dulce compañera; pero en el negro fondo de nuestro pozo, abracémonos, irgamos la cabeza, y ya que no nos reanime su calor, adorémosle como una estrella lejana... ¡Confesémosnos

mutuamente! Este día en que nuestras
almas se abren la una á la otra es el día de
nuestras bodas. ¡Besémonos, compañera de
mi vidual ¡Besémonos!

TELÓN



ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

Claustro de la Catedral toledana. De noche. Un farol

ESCENA PRIMERA

TOMÁS y DON ANTOLÍN

- D. ANT. ¡Buen día! ¡Buen día el de hoy! Pocos como este y otro gallo nos cantara... ¡Cuánto forastero curioso! ¡Todos de los de á dos pesetas!... Eso no es pobretería. En la festividad del *Corpus Cristi* visita la Catedral lo más granadito de la Corte... Hasta los toledanos mismos hacen lucrativa visita á la Primada... Voy á vaciar los bolsillos en el delantal de Mariquilla... ¡Un montón de plata!
- TOMÁS. (saliendo.) ¡Eh! ¡Eh! ¡Mochuelo!
- D. ANT. ¿¡Tomás!? ¿Mochuelo á mí? ¿Qué falta es esa de respeto?
- TOMÁS. ¡Bah! No irá usted ahora á su Eminencia con el cuento... Va á estirar la pata.
- D. ANT. ¿Qué dices?
- TOMÁS. ¿Pero usted no se ha enterado? ¡Una apoplegial! Lo contrario del chiquitín del Zapatero... Aquél murió de hambre..., el Cardenal revienta de repleto. ¿Es esa ley de Cristo?
- D. ANT. Revienta... Revienta...
- TOMÁS. Si no lo ha hecho ya debe faltarle poco. Estuvo en el coro hecho un pontífice...,

sentado en el Trono de los Arzobispos de Toledo; soberbio..., magnífico..., mirando con odio y desprecio á todos los Canónigos del Cabildo, que inclinaban la cabeza ante su majestad de Príncipe, como la agachan los perros asustados ante los amos enfurecidos... Cantaba el ritual á gritos enérgicos que parecían trabucazos, y de pronto...

D. ANT. ¿De pronto qué? Palideció un poco... Simple desvanecimiento.

TOMÁS. Palideció antes..., pero luego enrojeció de modo que el color de su rostro se confundía con la púrpura de su manto. Todo él parecía un cangrejo cocido.

D. ANT. ¡Tomás!

TOMÁS. Hubo que llevarle á escape á Palacio... Acostarlo... La función religiosa terminó apresurada... Que perdone Cristo por este año... Urgía más que adorarle á él, socorrer al tío ese. Usted no se ha enterado... ¡Claro está! Tampoco estaba usted para honrar á Dios, sino para explotar su Iglesia, enseñando á los visitantes sus tesoros.

D. ANT. Te has vuelto procaz... Yo creí que aquellos instintos de rebelión que despertó en vosotros, el sermoneo de Gabriel, había cesado al terminar las reuniones en casa de Esteban.

TOMÁS. Cesaron allí..., pero continuaron en la torre.

D. ANT. ¿En la torre? ¡Despediré al Campanero!

TOMÁS. ¡Cál! ¡Atrévase usted á hacerlo! ¡Y le doy la puntilla!

D. ANT. ¡Tomás! ¿Es que crees que porque el Cardenal se muera vais á hacer en la Catedral lo que os dé la gana? Otro vendrá...

TOMÁS. Y será peor... de fiijo. ¡Pero á su mamá que lo aguante! Yo me declaro libre...

D. ANT. ¿Libre?

TOMÁS. ¡Y me largo á la calle!

D. ANT. ¿Pero qué harás fuera de aquí, desdichado?

¿Matar toros?

TOMÁS. Ó verlos matar desde la barrera... El tiempo dirá.

- D. ANT. Yo soy el que digo que eres un botarate... Que haré que tu tío Esteban te estire lindamente las orejas y que Gabriel no volverá á las reuniones de la torre ó le quitaré su empleo de vigilante nocturno.
- TOMÁS. Hace mucho que no asiste á ellas... ¿Para qué? Habla mucho... Mucho y bien... Pero de palabras no se vive.
- D. ANT. ¡Eso es! ¡Muy bien dicho! ¡Veo que al fin comprendes la inutilidad peligrosa de sus teorías novísimas! No merece su charlatanería más que lo que hacéis... ¡Despreciarla y huirla!
- TOMÁS. ¡Ah! ¡Ah!... Veremos... Nos dijo demasiado...
- D. ANT. «De palabras no se vive.» Tú lo has reconocido así...
- TOMÁS. ¡Claro! Como no se matan toros desde la barrera... ¡Hay que acercarse! Correr el peligro de morir enganchado en los pitones para ganar fama y fortuna...
- D. ANT. No te entiendo...
- TOMÁS. Ni hace falta... ¡Adiós!
- D. ANT. ¿Vas á salir?
- TOMÁS. ¿Por qué no? El día fué de ajetreo, justo es que por la noche dé un rato de solaz al cuerpo...
- D. ANT. ¿Piensas en divertite cuando el Cardenal se muere!?
- TOMÁS. ¿Y á mí qué!? ¡Su abuela que lo llore!
- D. ANT. ¡Herejote!
- TOMÁS. ¿Dejaría él su mesa en día de comilona porque yo me dejase la piel en alguna capea? Cada uno para sí... ¡Buenas noches!
- D. ANT. Como quieras... Te pesará... Yo voy á mi habitación...
- TOMÁS. ¡A vaciar la bolsa!
- D. ANT. A prepararme un poco para ir á Palacio... ¡Pobre Señor Cardenal Arzobispo!... ¡¡Morir! ¡¡Un Príncipe de la Iglesia!
- TOMÁS. Como cualquier pelafustrán... Es decir... Un poco más á disgusto porque deja por acá mejor vida.
- D. ANT. Regañón, altanero, orgullosete si que lo

era... De caritativo no dió señales. Y luego Visitación..., la monjita que sacó del claustro alegando que era su sobrina y la necesitaba junto á sí para cuidarle... ¡Un Cardenal Arzobispo! ¡Flaquezas!

TOMÁS.

D. ANT.

¿Y Mariquilla?

¡Anda al cuerno! Me estará esperando... ¡Y vaya un jaleíto que se nos viene encima, si se las lía su Eminencia al otro barrio! ¡Señor! ¡Señor! ¡Todo sea por tí! ¡Danos paciencia! (Mutis sonando las monedas en los bolsillos.)

ESCENA II

TOMÁS y EL CAMPANERO primera izquierda

TOMÁS.

¡Hipócrita como él!... No te durará mucho el gustazo de reñirnos y explotarnos...

CAMP.

¡Tomás!

TOMÁS.

¡Chist! Habla bajo... El Vara de Plata acaba de marcharse... Su habitación está cerca y las paredes oyen...

CAMP.

¡Aquí... En la torre no!

TOMÁS.

Verdad... Nadie ha sospechado...

CAMP.

¿Estás decidido?

TOMÁS.

¡Vaya!

CAMP.

Ese cobardón del Zapatero, vacila...

TOMÁS.

No temas... Voy á salir... Traeré aguardiente... Eso le animará. Luego..., el recuerdo de su hijo... Háblale de eso... Se exaspera y enloquece...

CAMP.

Esta noche es la ocasión... Lucen las imágenes sus galas mejores... Gabriel vigila solo...

TOMÁS.

Se opondrá...

CAMP.

¿Por qué? ¿Le crees un santo tú también?... Yo estuve con él en la guerra... Nos batimos juntos muchas veces... Nunca fué el último en el asalto..., ni rehusó el botín en el saqueo. Al contrario..., fué de los que cometieron violencias mayores. ¡Si le hubieras visto en Cuenca! ¡Jornada memorable! ¡Cómo caían los guiris atravesados

por nuestras bayonetas! ¿Y crees que los soldados solos? ¡Eran muy pocos! Tras las murallas... el vecindario se atrincheró en sus hogares inútilmente... Hombres..., mujeres..., niños..., todos pagaron con su vida, su hacienda y su honra su temeraria resistencia! ¡Fuimos á la vez monos, tigres y urracas!

TOMÁS. ¿Y mi tío Gabriell?

CAMP. Uno de tantos... Peleábamos por la Religión y el Rey. ¡Era preciso exterminar á los enemigos del altar y el trono! ¡Ganábamos la Gloria!

TOMÁS. Cómo ha cambiado... Hoy anarquista.

CAMP. ¿Qué más dá?

TOMÁS. ¿Qué dices?

CAMP. Que es una fe... como la otra... ¡Ciega!

TOMÁS. La verdad...

CAMP. Se le escapa á Gabriel á pesar suyo. Nos quisiera discípulos de su apostolado..., mansos borregos, prontos al sacrificio, para dejar escrito con nuestra sangre el código del porvenir... ¡Pero nos importa más el presente! Por eso quise prescindir de él en nuestras conferencias en la torre. Además, el hombre debe buscar únicamente en este mundo la felicidad... ¡Y la felicidad está en la riqueza!

TOMÁS. ¿Y luego?..., ¿la muerte?

CAMP. ¡He visto la luz!... Nos engañan con la promesa del cielo para explotarnos en la tierra...

TOMÁS. ¿Y nunca cambiará eso?

CAMP. ¡Por la persuasión, como quiere Gabriel, no!

TOMÁS. ¡Por la fuerza entonces!

CAMP. Luchar es exponerse á perecer... ¿Qué nos importa á nosotros la victoria de los demás? Nos importa la nuestra únicamente... Si el mundo está bien como está para los ricos... seamos ricos y gozaremos del mundo... Es más fácil eso que destruir una sociedad y reedificar otra, sustituyendo la ley por la justicia.

- TOMÁS. Cierto... Ser rico es fácil..., aquí sobre todo... Decidiremos á Gabriel y á Mariano...
- CAMP. Trae aguardiente... Yo me encargo del Zapatero... Bien cerrada la noche bajaremos á la Catedral. Gabriel...
- TOMÁS. A ese no le hacemos beber...
- CAMP. ¡Es tan poca cosa!... ¡Y somos tres!
- TOMÁS. Yo tengo una navaja...
- CAMP. Y yo...
- TOMÁS. Pero... Es mi tío... Nuestro maestro... Vale más obligarle á ceder y ayudarnos... Es un momento... Luego á volar...
- CAMP. ¡A vivir!
- TOMÁS. ¡A reinos de los tontos!
- CAMP. A mirar á los hombres como son..., tan chicos como yo les veo desde lo alto de la torre... ¡Intenciones me dieron muchas veces de desclavar las campanas para que al voltear cayesen sobre la ciudad y aplastasen aquel montón de hormigas!
- TOMÁS. ¡Chist!... ¿Oyes?... ¡Pasos!
- CAMP. ¡Gabriel!
- TOMÁS. Y Don Luis, el Maestro de Capilla...
- CAMP. No les aguardemos... vete á por eso. ¡Mucha bebida y fuerte! Luego...
- TOMÁS. ¿Nos reunimos en la torre también?
- CAMP. Abajo..., junto al esquilón para llamar á los canónigos, único peligro de alarma...
- TOMÁS. Si tocase...
- CAMP. No tocará... Cortaré la cuerda... Ven allí... Yo estaré ya con Mariano... Nada de luz... Entre las sombras se hacen mejor esas cosas... Lleva la navaja... ¡Por si acaso!
- TOMÁS. ¡Adiós!
- TOMÁS. ¡Adiós!... ¡Incógnita resuelta..., la fortuna ó el presidio! (Mut's.)

ESCENA III

GABRIEL y DON LUIS primera izquierda

- GAB. ¿De modo que es cosa acordada? ¿Usted nos abandona?
- D. LUIS. Sí, Gabriel..., cosa acordada y decidida...

Vengo á buscarle para despedirme... Hace mucho tiempo..., desde que oí su palabra evangélica..., desde que un rayo de luz vino con ella á mi cerebro, que este ambiente triston, que esta vida rutinaria, que esta hipócrita sumisión á la práctica de un culto cuya fe no siento..., me ahogaba... Yo amo el arte sobre todo y el arte exige la libertad. ¡Quiero vivir!

GAB.

¡Pues al mundo!

D. LUIS.

Hoy he estado en Palacio para decir al Secretario de su Eminencia que disponga el Cabildo de los siete durazos y reales de mi sueldo mensual... No quiero más Iglesia... ¿Para qué mentir como otros? Hoy llevo por última vez este disfraz. Mañana gozaré la primera alegría de mi vida rasgando en pedazos esta mortaja. ¡Seré hombre! Me iré lejos..., muy lejos... En España no puede subsistir un cura renegado... Es algo como un monstruo satánico cuyo contagio condena eternamente á las penas fantásticas de un infierno absurdo y ridículo... No conozco á nadie... No tengo protección... Usted, que es el único amigo sincero que he conocido, está oculto en esta mazmorra por su voluntad..., refugiado en un templo completamente vacío para su conciencia. A usted sólo siento dejar. Lo demás, ¿qué importa? La miseria no me asusta. Cuando se ha sido representante de Dios con seis reales diarios, se puede mirar el hambre cara á cara.

GAB.

¡No le dará á usted menos la libertad por mucho que le abandone!

D. LUIS.

Seré obrero... Trabajaré la tierra si es preciso, me emplearé en cualquier cosa..., pero ¡seré hombre libre!

GAB.

¿Y la música?

D. LUIS.

No sé si el arte da para vivir... En España, por lo menos, no. Escritores..., músicos..., pintores..., unos cuantos, muy pocos..., llegan á ganar un poco menos que cualquier tendero de comestibles bien visto por

- las gentes del resguardo... ¡Y hay nada menos que llamarse Genio para eso! En fin... Me aconsejarán las circunstancias. Tal vez no nos veamos más... Usted acabará sus días aquí. ¡Guardando la casa que odia!
- GAB. Yo no odio nada, Don Luis... Amo ó compezezo.
- D. LUIS. Si... Es usted demasiado grande para albergar en su alma sentimientos ruines...
- GAB. ¡Aquí moriré! ¿Qué haría ya fuera? Me espanta la cárcel..., la emigración. ¡Salud y buena suerte, Don Luis!
- D. LUIS. ¡Oh! Aunque fuera mala..., no me quejaría.
- GAB. ¡Bravo! ¡Sea usted hombre sin desfallecimientos! ¡La verdad, bien vale la miseria!
- D. LUIS. ¡Adiós, Gabriel!
- GAB. ¡Adiós..., hermano mío! (Se abrazan. Mutis Don Luis.)

ESCENA IV

GABRIEL, luego CAMPANERO y ZAPATERO

- GAB. ¡Un redimido! ¡Esa es mi obra! Ya puedes venir muerte cuando gustes... He arrancado sus cadenas á un esclavo... ¡Estoy satisfecho!
- CAMP. Ven... El Tato nos espera abajo...
- GAB. ¡Oh!... Mariano... ¿Qué hay?
- ZAP. ¡Mucho y mal repartido!
- GAB. Lo sé... ¿Pero por qué me huís?
- CAMP. No te huimos... Sabes que te quise siempre.
- ZAP. ¡Y yo!
- CAMP. ¡Te debemos tanto!...
- ZAP. Nos has abierto los ojos.
- CAMP. Ya no somos bestias..., pero nos cansamos de saber tanto para ser tan pobres... No queremos tener la cabeza llena y el vientre vacío.
- GAB. ¿Y qué remedio queda? Hemos nacido pronto. Otros vendrán. ¿Qué podéis hacer para arreglar lo presente cuando en el mundo millares de obreros más infelices

qué vosotros, no logran mejor éxito, aun á costa de su sangre?

CAMP. ¿Qué hacer? Eso ya lo veremos... Ya lo verás tú. No somos tan tontos como crees. ¡Tú eres muy sabio, Gabriell! Te respetamos como á un maestro. Todo cuanto dices es verdad... Pero..., cuando hay que hacer las cosas... *prácticas*... Cuando hay que llamar al pan, pan, y al vino, vino... Eres, y perdona, algo guillado... Como todos los que andan entre libros. Nosotros seremos brutos... pero vemos más claro.

GAB. ¿Más claro?

CAMP. Ven, Mariano... Dispensa, Gabriel. Tomás nos espera.

ZAP. Podríamos decirle... (Aparte á Campanero.)

CAMP. ¿Para qué? Abajo... Cuando sea la ocasión.

¡Quiera ó no quiera! (Mutis.)

ESCENA V

GABRIEL y DON ANTOLÍN

GAB. Es extraño... ¿Qué querría indicar con eso? ¿¡Más prácticos!?

D. ANT. ¡Gabriell! ¡Gabriell!

GAB. ¿Qué ocurre?

D. ANT. ¡Ya cayó! ¡Ya cayó!

GAB. ¿Quién y de dónde?

D. ANT. ¡Un gordo! ¡El Cardenal! Hizo el último viaje.

GAB. ¿¡Ha muerto!?

D. ANT. Parece imposible, ¿verdad? ¡Tan redondo y coloradote! Y tú que pareces un espárrago triste... ¡Nadie lo habría dicho!

GAB. ¿Qué quiere usted? ¡Vivo todavía!

D. ANT. Yo habría jurado cuando llegastes hace unos meses que torcías el cuello á las pocas horas. ¿Qué aspecto el tuyo! No es que hayas mejorado... pero ya tiene uno la costumbre de verte... Mira que producía penosa impresión tu capa raída..., el sombrero ajado..., las botas rotas...

GAB. Sí... Cuando me acerqué á la Catedral, los

pardioseros sentados en los escalones de su puerta, me miraban curiosamente sin atreverse á tenderme la mano... Dudaban si era uno del oficio que venía á hacerles la competencia en la limosna.

D. ANT. Y aquel respirar anheloso..., la tosecilla seca...

GAB. No se pasan dos años en los calabozos de una fortaleza, como en el Palacio Arzobispal... No se vive con bacalao seco recargado de sal. ¡Sin pan siquiera! Implorando una gota de agua por caridad, semanas enteras..., como en el refectorio de un convento...

D. ANT. Tú que viniste tan endeble..., tan miserable..., tan enfermucho..., estás casi bueno. ¡En fin! Los altos juicios de Dios... Vigila bien esta noche... La noticia no se hará pública hasta el amanecer para evitar el campaneó que no dejaría dormir á los canónigos. Al pueblo le da lo mismo saber eso hoy que mañana... Si ocurre algo tira del esquilón... ¿Y tu hermano?

GAB. No sé...

D. ANT. Voy á buscarlo á su habitación. Hay muchas cosas que hacer... Madrugaremos... Es decir, dejaremos acordado entre los dos lo que interesa y madrugará á hacerlo él solo. A mí el pícaro reuma... ¡Vamos, cosas que no se comprenden! ¡Tan de repente! ¡Un Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Cardenal Arzobispo de Toledo! ¡Y que parecía un castillo!... Tan lucido..., tan enérgico..., tan sanote..., cuidándose tan bien... ¡Porque el puesto da para todo, Gabrielillo! Millones, hijo, millones... En cambio uno... Cuando yo tengo sotana no puedo llevar calzones debajo, y cuando Mariquilla se compra zapatos lleva remendadas las camisas. ¡Todo sea por Dios! ¡Gracias que se viva!

GAB. ¡Si es vivir eso!...

D. ANT. ¡Quéjate! Cuando él parecía eterno y tú difunto..., y tú respiras aún... Cierto que

con la dificultad de un fuelle roto..., pero respiras. Y él acabó para siempre de darnos berrinches... Pero estoy chismoseando como una beata vieja... ¡Y con el día que me aguarda mañana! Que los funerales..., que el entierro..., que... ¿Por qué se habrá muerto ese hombre? ¡Por atortolarme á mí!... Tú á tu obligación... A tu obligación, Gabrielillo... Baja á la Catedral.

GAB.

Enseguida. (Mutis.)

D. ANT.

¡Y da gracias á Dios porque no se acordó de tí en vez de acordarse de su Eminencial ¡Esteban! ¡Esteban! ¿Se habrá muerto ese también? ¿No? Con las paguitas que gozamos... ¡Aquí no hay quien reviente de harto más que los Obispos! (Mutis.)

ESCENA VI

TOMÁS, CAMPANERO y ZAPATERO

CAMP.

Vamos, Mariano.

TOMÁS.

Allí va... Ya baja... ¡Solo!

CAMP.

Llegó la ocasión. ¡Seremos ricos!

TOMÁS.

¡Aquí está el aguardiente!

CAMP.

¿Y la navaja?

ZAP.

¡Matar no! ¡Matar no!

CAMP.

¡Ven, cobarde! Matar... ¿Qué es eso? Bien se vé que no has estado en la guerra... Allí te aplauden más, cuantos más enemigos acogotas.

ZAP.

¡Enemigos!

CAMP.

Gentes que no conoces..., que nunca personalmente te hicieron mal alguno..., que lo mismo que tú no saben por qué matan ni por qué mueren.

ZAP.

No bajo.

CAMP.

¡Mariano!

ZAP.

¡Para eso..., no!

CAMP.

¡Sí, venceremos á Gabriel! Fía en mí. ¿Qué más quiere él? Salir de pobre... No morir de hambre. Acuérdate de tu hijo!...

¡De hambre!

ZAP.

¿¡Mi hijo!?... ¡Vamos allá!

CAMP. ¿A todo?
ZAP. ¡A todo!
CAMP. ¡Vamos. Trae el chisme ese! (Tocando la navaja de Tomás.)

FIN DEL CUADRO

CUADRO SEGUNDO

Interior de la Catedral. Junto á la pared de la izquierda, en primer término, cuartocho que sirve para guardar cuerdas, faroles, etc., etc. En él una mesita y algunos banquillos y sillas. En segundo término, de derecha á izquierda, barandilla que se supone comunica el coro con el altar mayor. A la derecha la cuerda pendiente de la campana de alarma. Obscuro. Gabriel aparece por la derecha yendo al cuartocho de la izquierda, lleva linterna encendida y manojó de llaves que deja sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA

GABRIEL

Ya está todo cerrado... Descansemos. (Saca un libro y se pone á leer. Dan las diez en el reloj de la Torre. Pausa.—Aparecen en el fondo, recatándose en la sombra, con paso cauteloso y muy pegados uno á otro, Campanero, Tomás y Zapatero con una botella de aguardiente.)

ESCENA II

GABRIEL, CAMPANERO, ZAPATERO y TOMÁS, los tres algo bebidos

CAMP. (Muy bajo.) Allí está... lee...
TOMÁS. (Idem.) Y á la vez..., estoy seguro... piensa en Sagrario..., la redimida.
ZAP. (Idem.) Si pudiéramos..., sin que lo notase..., cogerle las llaves...
CAMP. (Idem.) Imposible...
ZAP. (Idem.) Verás..., tal vez... (Tropieza con la verja y dice un poco más alto.) ¡Cristo!

- CAMP. (Muy bajo, furioso.) ¡Imbécil!
- TOMÁS. (Idem.) ¡Chist!
- GAB. (Alarmado.) ¿Eh!?... Se me figuró oír...
¿Quién va?
- CAMP. Nosotros...
- GAB. ¿¡Quién!?
- CAMP. ¡Amigos, hombre!
- GAB. ¡Ah!
- TOMÁS. ¡Soy yo, tío!... ¡Yo y éstos! La noche es larga..., la guardia pesada..., y pensamos acompañarle para que no la encuentre tan fastidiosa...
- CAMP. Eso es..., y mira... Traemos aguardiente, para alegrarla. ¡Bebe!
- GAB. No. Detesto el alcohol... Es un veneno.
¿De dónde venís?
- TOMÁS. Hemos estado en un cafetín de Zocodover..., regalándonos como unos señores... Me conocen allí... Hay cantaoras...
- CAMP. ¡Una calaverada! Esta es una noche extraordinaria. La ciudad entera está alterada con eso del Arzobispo...
- GAB. Ya sé que ha muerto.
- TOMÁS. Peor para él...
- CAMP. ¡Eal.. Sentémonos un rato... Aquí... (se sientan en los escalones de la verja poniendo delante la botella.)
- TOMÁS. Sí... Sentémonos..., y bebamos... (Beben, pausa.)
- CAMP. ¡Es bueno! ¡De lo caro, Gabriel! ¿Por qué no lo pruebas? ¡Una vez, hombre!
- ZAP. ¡Eso no hace costumbre!
- TOMÁS. ¡Beba usted, tío!
- GAB. ¡No!
- CAMP. ¿Es desprecio?
- ZAP. Entre amigos...
- GAB. Habéis bebido demasiado... Hacéis mal.
- ZAP. ¡Un día es un día!
- TOMÁS. Y hoy es un día alegre...
- GAB. ¿Por qué?
- TOMÁS. Caen los ricos... Ya vé usted..., es una satisfacción para los pobres.
- CAMP. ¡Bien dicho! ¡Bebe!
- ZAP. Murió. ¿Y bien? Había vivido lo bastante...

- En cambio mi Chiquitín... ¡Y de hambre!
Cuando lo recuerdo...
- CAMP. ¡Bebe! ¡Eso te hará olvidar!
TOMÁS. No crea usted, tío, que sólo nosotros nos
alegramos... También les baila el gozo en
el cuerpo á muchos del Cabildo.
- ZAP. Le odiaban los Canónigos.
CAMP. Era su tirano... (Pausa de pronto.) Mira, Ga-
briel... Hemos de decirte...
- GAB. ¿Algo grave?
CAMP. Grave y urgente... Pasa el tiempo y nos
resta mucho que hacer...
- ZAP. Aún quedan horas para hacer bien las
cosas.
- TOMÁS. Por si acaso... cuanto antes...
GAB. ¡Hablad! No entiendo que queréis decir...,
pero me alarma vuestra vacilación..., vues-
tra inquietud... ¡Hablad!
- CAMP. Pocas palabras... ¡Al grano! Se trata de
que seas rico. (Acentiase cada vez más la embria-
guez.)
- GAB. ¿¡Yo!?
CAMP. Tú y nosotros... Los cuatro... Queremos
salir de esta miseria. Ya has notado hace
tiempo que nos alejábamos de tí... Que al
placer de oírte, preferíamos conversarnos solos.
Es que tú eres un sabio.
- ZAP. ¡Lo eres!
CAMP. ¡Pero no vales un comino para las cosas de
la vida!
- ZAP. ¡Ni medio!
CAMP. Contigo se aprende..., pero no se medra.
TOMÁS. Sabe usted más toreo que Cúchares...,
pero mata usted menos que un mosquito...
¡Y hay que irse al bulto!
- CAMP. Hemos pasado un mes pensando en la
necesidad de dar un golpe efectivo.
- ZAP. ¡Un golpe magnífico!
TOMÁS. ¡Un volapié á ley..., hasta los dedos!
CAMP. Esas revoluciones de que nos hablas...
están lejos.
- ZAP. Muy lejos.
TOMÁS. Las verán nuestros nietos.
ZAP. Y tal vez no las vean.

- CAMP. Bueno es que los sabios piensen en el porvenir..., pero los brutos...
- ZAP. Como nosotros...
- TOMÁS. Sólo pensamos en el presente...
- CAMP. Hemos empleado el tiempo discurrendo barbaridades.
- ZAP. ¡Secuestrar al Cardenal y exigirle un millón por el rescate!
- TOMÁS. ¡Entrar en el Palacio una noche..., por escalo..., y...
- ZAP. Todo majaderías..., cosas de Tomás...
- CAMP. Pero yo...
- ZAP. ¡Este... Este ha sido!
- TOMÁS. ¡El dió en el quid!
- ZAP. ¡A él se le ocurrió la idea!
- GAB. ¿La idea? ¿Qué idea?
- ZAP. Pues..., la..., la...
- TOMÁS. Diré á usted..., es que...
- CAMP. ¿No bebemos?
- ZAP. ¡Sí! ¡Sí!... ¡Aún queda para un trago! (Bebe.)
- TOMÁS. ¡El último! ¡Venga!
- ZAP. ¡Vaya! (Le dá la botella y bebe el Zapatero, luego la alarga al Campanero, que no bebe, y dice.)
- CAMP. No queda... ¡Mejor! Alguien ha de tener la vista serena y el pulso firme.
- GAB. ¿¡Para qué!?
- CAMP. La salvación está en tí... Eres el único guardián de la Catedral... Las llaves están en tu poder... La Virgen lleva puestas las joyas riquísimas que el resto del año se guardan en el Tesoro... La Custodia... ¿Entiendes?
- GAB. No.
- CAMP. Lo más fácil del mundo... Limpiamos todo eso y á Madrid... Llegaremos al amanecer...
- TOMÁS. Yo conozco allí mucha gente de la que va á las capeas...
- ZAP. Nos ocultarán unos ⁷días..., lo recio del peligro, y después, tú que sabes el mundo nos guiarás...
- CAMP. Iremos á América... Venderemos la pedrería..., seremos ricos... ¡Anda, Gabriel! ¡Vamos á despojar el ídolo como tú dices!

- GAB. ¿Luego es un robo lo que me proponéis?
ZAP. ¡Un robo!?
TOMÁS. Una restitución...
CAMP. Llámalo como quieras... ¿Y qué? ¿Te asustas de eso? Más nos han robado á nosotros que nacimos con derecho á una parte de mundo, y por más vueltas que damos no encontramos un sitio libre.
- ZAP. ¡Y mi hijo murió de hambre!
TOMÁS. ¿A quién perjudicamos? De nada sirven á las imágenes de palo las joyas que las cubren.
- ZAP. No comen...
CAMP. Ni sienten frío en el invierno..., mientras yo tiritó en la torre sacudiendo el esquilón á misa de alba. Somos unos miserables. Tú mismo lo has dicho, Gabriel, contemplando nuestra pobreza. ¡Es una bárbara injusticia! Conque anda, Gabriel, ayúdanos... No perdamos el tiempo.
- TOMÁS. Vamos, tío... Un poco de coraje...
ZAP. Convéncete de que los ignorantes sabemos hilar las cosas cuando llega el caso.
- CAMP. ¿No contestas?
GAB. Miro en mí mismo... y me espanto del inmenso error que he cometido.
- CAMP. ¿Tú?
GAB. No había previsto el peligro de enseñaros en unos cuantos meses lo que quiere toda una vida de reflexión y estudio. Las ideas más nobles se corrompen al pasar por el tamiz de la vulgaridad. Las aspiraciones más generosas se envenenan con los sedimentos de la miseria. Envilecidos por la explotación, buscáis al despertar, en las ideas redentoras, la venganza del pasado y el bienestar egoísta aun á costa de vuestros semejantes.
- CAMP. ¡Palabras! ¡Palabras!
GAB. Sembré semilla revolucionaria en los parias de la Iglesia, adormecidos en ambiente de siglos que fueron... Os quise hombres para la sociedad futura... y os convertís en criminales. ¡Qué amarga decepción! Mis

ideas sólo han servido para destruir... ¡cuando anhelaba cimentar! Os libré de ser siervos para que déis en audaces y malvados. ¿Qué habéis aprendido?

CAMP. Una cosa. Que somos miserables y no queremos serlo.

GAB. ¿Sois solos acaso en el padecer?

CAMP. La suerte de la Humanidad no nos importa. ¡La nuestra sí! Salir de este infierno..., mejorar... sea como sea. Eso nos interesa solo. Siga para los otros el mundo como va. Lágrimas y desdichas reinen abajo para asegurar la comodidad y el placer de los de arriba... ¡La cuestión es que entre los de arriba nos contemos nosotros!

GAB. ¡Hombres al fin! ¡La fiera humana buscando la saciedad de sus apetitos al precio de la sangre y la vida de sus semejantes! Perpetuando el desconcierto y el dolor para los demás con tal de gozar ellos la abundancia. ¿Dónde encontrar el sér superior, ennoblecido por el culto de la razón, haciendo el bien sin esperanza de recompensa, perdonando el mal que reciba, sacrificándolo todo á la fraternidad universal? ¿El hombre-Dios que embellecería el porvenir retornando el mundo á los días del Paraíso?

CAMP. ¿Viniste á buscar eso aquí? ¿¡A la Catedral!? ¡Estás entonces más ciego que nosotros!

GAB. Es verdad... Es verdad...

CAMP. ¡No perdamos tiempo!

ZAP. Es cosa de un instante.

TOMÁS. Y luego... á volar.

GAB. ¡No! (Firme.)

LOS TRES. ¡Gabriel!

GAB. ¡No! (Más firme.) No haréis eso... No debéis hacerlo... Es un robo al que váis no por instinto fatal ni corrupción de alma, sino porque quise daros la luz, y abriendo harto de prisa las ventanas, os cegó el sol de pleno mediodía. ¡Es horrible! ¡Verdaderamente horrible!

CAMP. ¿A qué tantos aspavientos?

- ZAP. ¡Gabriell
- TOMÁS. ¡Si son santos de palo! ¿A quién dañamos desnudándoles?
- CAMP. ¿No roban los ricos? ¡Imitémosles!
- GAB. ¡No se ha de imitar el mal! ¿Cómo cesará entonces de ser sistema la violencia y consecuencia la miseria? ¿Por qué odias al poderoso si lo que él hace explotando al humilde es lo que vas tu á hacer apoderándote para tí y no para todos de lo que es de todos y no tuyo? ¿Decís que queréis apoderaros de ello para salir de pobres? ¡No es verdad!
- CAMP. ¿¡No!?
- GAB. ¡No! ¡Para ser ricos! ¡Para entrar en el grupo de los privilegiados! ¡Para ser tres más de esa minoría odiosa que goza de la vida esclavizando á los hombres!
- CAMP. Pero... sólo eso es vivir...
- GAB. ¡Necio! ¿Crees que con un crimen se remedía una desgracia? Si todos los pobres de Toledo llamasen ahora á las puertas de la Catedral sublevados y embravecidos, yo les abriría paso. Yo les guiaría señalándoles esas joyas que ambicionáis y diciéndoles: «¡Apoderaos de ellas! No son como creís brillantes y rubíes sino gotas de sudor y sangre de vuestros antepasados. Representan el trabajo servil en la tierra del Señor. El despojo brutal por los alcabaleros del Rey. La mentira ambiciosa de la sotana y la cogulla, que para acaparar la riqueza de la tierra hipoteca la esperanza del cielo.»
- CAMP. Entonces...
- GAB. No os pertenece á los tres porque seáis más audaces. Como todo pertenece á todos. Poner su mano los hombres sobre cuanto existe en el mundo será la obra santa. La revolución redentora del porvenir... Apoderarse ahora unos cuantos de lo que con arreglo á la moral imperante no es suyo, resulta un delito para la ley, y para mí un

atentado contra 'los desheredados, únicos dueños de lo existente.

CAMP. Calla, Gabriel... Si te dejas hablarás hasta el amanecer. No te entiendo... ¡Ni quiero! Venimos á favorecerte y nos sermoneas. Queremos hacerte rico y nos insultas en nombre de los demás..., de los que no conoces, de los que no te dieron un men-drugo cuando vagabas como un perro. Calla y ven... Te llevamos á la felicidad. ¡Adelante, compañeros!

GAB. ¡No! ¡Deteneos! ¿Creis lograda vuestra dicha con solo poseer esas joyas? ¿Y después? Vuestras familias quedan aquí... Tomás..., piensa en tu madre; Mariano..., tienes mujer, hijos.

CAMP. ¡Ya vendrán después con nosotros. ¡El dinero lo puede todo! ¡Por eso importa tenerlo!

GAB. ¡Dirán á vuestros hijos que sus padres fueron ladrones!

CAMP. ¿Y qué? Serán ricos... Su historia no resultará peor que la de otros muchos. ¿Todas las fortunas se hicieron honradamente? ¡Ven!

GAB. Digo que no ha de ser... ¡Si pasáis la verja... Si entráis en el presbiterio, toco el esquilón y antes de diez minutos acude á la Catedral todo Toledo! (Entra en efecto tras la verja y toma la cuerda del esquilón.)

CAMP. ¡Gabriel!

TOMÁS. ¡Nos roba!... El... ¡El es el que nos roba á nosotros!

ZAP. ¡Mis hijos! ¡El pan de mis hijos!

CAMP. ¡Vive Dios! ¡De una vez! ¡Toma! Es preciso. (Hiriéndole con la navaja. Grabiell da un grito y cae. Suena un sólo golpe de esquilón.)

ZAP. ¡Ah! ¡No! ¡Eso no! ¡Detente!

TOMÁS. ¡Basta! ¡Basta!

CAMP. ¡Silencio! (Silencio absoluto. Pausa.)

ZAP. (Muy bajo.) Nada... No se oye nada...

TOMÁS. (Idem.) Fué una campanada sola... Si no la hubieran oído...

CAMP. ¡Bien hice matándole! ¡Ladrón!... ¿No vienen?
 ZAP. ¡No!
 CAMP. ¡Pues adentro!
 ZAP. Y }
 TOMÁS. } ¡Adentro!
 CAMP. ¡Chist!... ¡Pasos!... Ruído de pasos...
 ZAP. ¡Huyamos!
 TOMÁS. Oyeron el esquilón... ¡Estamos perdidos!
 CAMP. (Por Gabriel.) ¡Ah, canalla! ¡Canalla! Venid...
 Será otra vez... Ampárenos la sombra...
 Huyamos. (Salen foro.)

ESCENA III

GABRIEL y SAGRARIO primera izquierda

SAGR. ¡Gabriel...! ¡Gabriel! ¡Huye! ¡La Policial
 (Pausa.) Han descubierto tu refugio...
 Vienen por ti... ¡Gabriel! ¿No me oyes?
 ¿Dónde estás?
 GAB. ¡Socorro! (Muy débil.)
 SAGR. ¡Ah, Gabriell! ¡Mi Gabriell! ¡Herido! (Pausa,
 cae muerto.) ¡Muerto! ¡Aquí! ¡Pronto! ¡Han
 asesinado á Gabriell! ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA IV

DICHOS, ESTEBAN y DON LUIS

ESTEB. ¿Qué ocurre?
 SAGR. ¡Gabriel! ¡Gabriel!
 ESTEB. ¿¡Mi hermano!?
 D. LUIS. ¿¡Era cierto!? ¡Lo han asesinado para robar
 las joyas de la Catedral! Algunas palabras
 imprudentes escapadas á los asesinos me
 habían hecho sospechar... ¡Pero tan pronto!
 ... ¡No creí!...
 ESTEB. ¡Infeliz! ¡Infeliz! ¿Quién sabe si ha sido un
 bien? Iban á encarcelarle...
 SAGR. ¡Gabriel mío!
 ESTEB. ¡Descansa, hermano! ¡Descansa para siem-
 pre! Hija... Don Luis... Ayudadme á men-

tir... Salvemos á los criminales... El hubiera perdonado... Perdonemos en su nombre... Imitemos su grandeza de alma...

SAGR.

¡Padre! ¡Padre!

ESTEB.

¡Llorémosle juntos, hija de mi alma!
¡Ahora sí que olvido... Ahora sí que te ruego compasión y cariño. Sólo me queda tu amor!

SAGR.

¿¡Y á mí!? ¿¡Y á mí!? Muerto el... ¡¿Nada?!

ESTEB.

¡Guarde la tierra el secreto de su muerte!...

D. LUIS.

Sí... La tierra... Esa madre ceñuda que presencia impasible las luchas de los hombres, sabiendo que grandezas y ambiciones, miserias y locuras, han de pudrirse en sus entrañas, sin otro resultado que fecundar la renovación de la vida.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y DON ANTOLÍN

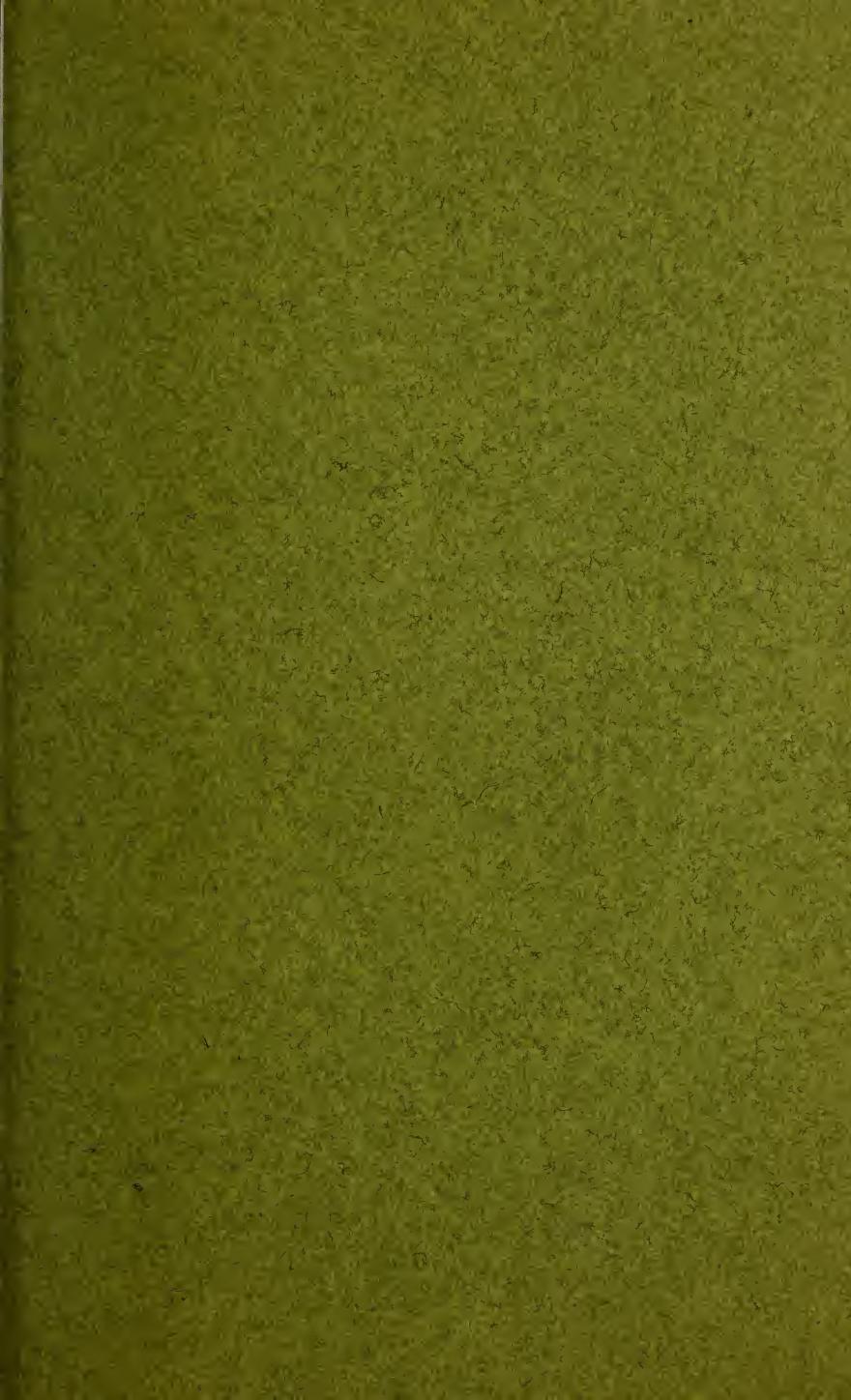
D. ANT.

Me avisaron. Iba á robar las joyas. ¡Ladrón!

D. LUIS.

¿Ladrón Gabriel? ¿No os basta muerto que aun lo queréis deshonorado? ¡Mentís! Ese muerto era el hombre más generoso y bueno de la tierra. Entre estas tinieblas hizo brotar la luz. Su memoria sobrevivirá á la ruína de este sepulcro del pueblo... Es el emblema del fanatismo que nos embruteció arruinándonos. Caerá hecho escombros. El porvenir hará los hombres libres y la libertad tendrá por templos los corazones. ¡No las Catedrales!

FIN



PUNTOS DE VENTA

En todas las principales Librerías.

Para pedidos dirigirse á la *Sociedad de Autores Españoles, Núñez de Balboa, 12, Madrid.*